EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CORAZON EN LA MANO,

DRAMA EN CINCO ACTOS

ESCRITO SOBRE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO,

SU AUTOR

Enrique Perez Escrich.

Representado por primera vez bajo la direccion del primer actor D. Julian Romea, en el teatro de Variedades, en Enero de 1865.

MADRID,

IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,

CALLE DEL OSO, NÚMERO 21.

1865

REMOTE STORAGE 860.82
Sp24
v.527

EL CORAZON EN LA MANO.

527:1

EL CORAZON EN LA MANO,

DRAMA EN CINCO ACTOS

ESCRITO SOBRE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO,

SU AUTOR

Enrique Perez Escrich.

Representado por primera vez bajo la direccion del primer actor D. Julian Romea, en el teatro de Variedades, en Enero de 1865.

Depossuit potentes et exaltavit humiles...

SACRA SCRIPTURA.

Humilló á los poderosos y enalteció á los humildes.

SAGRADA ESCRITURA.

MADRID,

IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,

CALLE DEL OSO, NÚMERO 21.

1865

Á MI LEAL AMIGO

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Querido Eduardo: Tú sabes que el último acto del drama que te dedico lo escribí entre la vida y la muerte, en un pueblo que se halla situado en la falda del *Monsiá.*

Empecé mi obra por el final, ó como se dice vulgarmente, *la casa por el tejado;* temia morirme, y deseaba dejar á mis hijos algo que les hiciera comprender lo que valen los padres, y las dulzuras que encierra el hogar doméstico.

Despues fuí restableciéndome, y Dios, sin duda, no tuvo á bien borrar mi nombre del gran libro de la vida, puesto que aun sigo mi *calvario* en este valle de lágrimas.

Circunstancias particulares, y una desgracia de familia, me obligaron á dedicarme á la novela, literatura ménos trascendente, más productiva y más segura que la del teatro, pues el autor no se juega el trabajo de seis meses á una sola *carta* que se llama *estreno.*

El acto, pues, de *El corazon en la mano* permaneció olvidado en mi cartera, de donde salió para servir de base á una novela.

Tú, siempre bueno conmigo, habias tenido la paciencia de leerlo varias veces, y sin duda debió gustarte, cuando por espacio de dos años me has estado repitiendo: «Acaba el drama».

Despues, el eminente actor D. Julian Romea honró mi humilde persona pidiéndome terminara el drama, del que indudablemente le habias hablado tú y el amigo Oltra.

Compromisos anteriores me tenian sujeto á las ocho entregas semanales que publico hace algun tiempo; sin embargo, en medio de la erupcion de cuartillas que brotan de mi pluma, terminé *El corazon en la mano.*

Así las cosas, mi drama se halla en vísperas de aparecer ante el público. Dios quiera que los silbidos no se oigan en Rota, que la crítica me deje hueso sano.

Pero por malo que sea su éxito, yo te lo dedico, y prometo no guardar rencor ni á *el Maestro de hacer comedias*, ni á el amigo Oltra, ni á tí que tanto habeis contribuido para que vuelva á la escena el último de los autores dramáticos.

Tuyo,

ENRIQUE.

Madrid, 12 de Enero de 1865.

26-3

ADVERTENCIAS.

El villancico que se canta en el último acto de este drama, es una improvisacion del eminente actor D. Julian Romea. La música es debida al popular maestro D. Cristóbal Oudrid.

Con el mismo título del presente drama, escribió su autor una novela que consta de dos tomos.

El teatro y la novela son dos campos bien distintos para el escritor. En el primero es necesario reducirse, sintetizar, prescindir á veces de los episodios; en el segundo, la imaginacion puede extender su vuelo hasta lo infinito.

Tal vez los que hayan leido la novela echarán de ménos en el drama las figuras de Esperanza y Angel; pero el autor creyó prudente suprimirlas para reducir la accion escénica á una sola: el amor de la familia.

Hacemos esta aclaracion por creerla conveniente.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA MARIA.	D.ª JOSEFA PALMA.
MARQUESA DE LORENTINI.	FELIPA DIAZ.
UNA JOVEN.	CÁRMEN GENOVÉS.
UNA SEÑORA.	DOLORES ESCOBAR.
UNA MOZA.	CÁRMEN CARAVÉS.
DON DEOGRACIAS.	D. JULIAN ROMEA.
DON PEDRO.	FRANCISCO OLTRA.
RAFAEL.	RICARDO MORALES.
ANIBAL.	FLORENCIO ROMEA.
ARTURO.	JORGE PARDIÑAS.
DON ALEJO.	SERAFIN GARCÍA.
CRIADO.	TOMAS INFANTE.
LACAYO.	CIPRIANO MARTINEZ.
ALEJANDRO.	ANTONIO ESCANERO.
LUIS.	VIRGILIO ZARAGOZANO.
ROMUALDO.	PEDRO DIAZ.
UN MOZO.	
INSPECTOR.	JOSÉ ACEDO.
POBRE.	SIMON ASENSIO.
ACOMPAÑAMIENTO.	

La accion de este drama, primero y quinto acto, se finge en un pueblecillo del alto Aragon; los demas en Madrid.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en la casa de un labrador rico de Aragon. Al fondo una puerta y dos rejas grandes, á traves de las cuales se ve el campo: ventana practicable en el primer término de la derecha: hogar de campana en el primer término de la izquierda: dos puertas laterales á la izquierda. Muebles de nogal, dos sillones de baqueta, y cortinajes blancos: algunas estampas y mapas por las paredes. Todo debe respirar esa sencillez de las casas acomodadas de los pueblos. De uno de los costados de la puerta del fondo cuelga una soga que pasando por unas abrazaderas de hierro termina en el badajo de una campana que figura estar sobre la puerta de entrada, pero en la parte esterior de la escena, etc.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, D. DEOGRACIAS y un grupo de Aldeanos.

PEDRO. (Paseándose por la escena con impaciencia.) ¡Es extraño! (Saca el reloj y mira la esfera.) Las once ménos cuarto, y no parece.

DEOG. (Mirando su reloj.) Su reloj de usted adelanta. No son más que las diez y media.

PEDRO. Este reloj fué de mi abuelo, luégo de mi padre, y nunca ha habido necesidad de componerle.

DEOG. Un reloj puede ser muy viejo, puede no haberse compuesto nunca, y sin embargo puede ir más desordenado que el órgano de Móstoles.

PEDRO. (Conteniéndose.) Usted es un disputador eterno.

DEOG. De la discusion sale la luz.

PEDRO. ¡Eh! Déjeme usted en paz.

MARIA. (Aparte á D. Deogracias.) (Contradígale usted: eso le entretiene, y ganamos tiempo.)

DEOG. Pero vamos á ver, ¿quién nos corre? ¿Qué importa distribuir los premios á esos muchachos una hora más tarde?

PEDRO. Eso no ha sucedído nunca en mi casa.

DEOG. Lo que no sucede en un siglo sucede en un minuto. (D. Pedro se encoge de hombros, como el hombre que oye una tontería que no cree digna de respuesta.) Ademas, esta mañana ha mandado la señora Marquesa á buscarle para que la acompañara á la ermita.

PEDRO. ¿Y quién le manda tratarse con marquesas? Su clase está en el pueblo: esos humos aristocráticos son ridículos en alto grado.

DEOG. Poco á poco... Mi discípulo Rafael Mendoza es digno por todos conceptos de cultivar las relaciones, no digo yo de una Marquesa, sino del mismo Panto de Sevilla si se presentara en el pueblo. En el dia no hay clases... El progreso ha nivelado la sociedad. El talento es la mejor aristocracia; el saber el blason más honroso de los hombres, y su hijo de usted, desde muy niño, me hacia exclamar con Séneca: «Desde la infancia da señales de ingenio».

PEDRO. Rafael es el hijo de un labrador.

DEOG. La historia cuenta más de un rey y más de un santo que se envanecieron con la honrosa profesion del labrador: por ejemplo, Numa Pompilio, César, Diocleciano, San...

PEDRO. (Impaciente.) Señor don Deogracias, usted sabrá mucha historia y mucha gramática; pero...

DEOG. ¡Pues no faltaba mas sino que no supiera historia y gramática un maestro de escuela pensionado por el gobierno con mil cuatrocientos reales al año! Porque, como ha dicho Platon, «Fea es la ignorancia».

PEDRO. ¡Vaya usted al diablo con sus máximas!

DEOG. (A María.) (Su esposo de usted acaba de poner un punto final á la discusion.)

MARIA. (No importa: vuelva usted á continuarla.)

DEOG. (¡Pero señora!...)

MARIA. (¡Eh! Para qué ha estudiado usted tanto si no halla un recurso...)

DEOG. (La mujer es una pendiente resbaladiza que precipita al hombre en el abismo de las confusiones.) Señor don Pedro, ¿quiere usted oir los versos latinos que he escrito para la inauguracion del acto?...

PEDRO. No sé latin.

DEOG. Soy hombre precavido, y para los ignorantes he puesto la traduccion castellana.

PEDRO. Lo que yo quiero es que se distribuyan los premios inmediatamente. Hace veinticinco años que por muerte de mi difunto padre tomé á mi cargo el gobierno de esta casa. Antes de espirar me llamó á su lado y me dijo: «Pedro, tus abuelos distribuian premios entre sus trabajadores todos los años el dia del natalicio de sus herederos. Tus abuelos colocaron una campana sobre los umbrales de su puerta, y dos cubiertos en su mesa: aquella campana anunciaba á los pobres caminantes la hora de la comida. Imita á tus antepasados, y los hombres te honrarán en la tierra, y Dios en el cielo.» La hora tradicional para distribuir los premios ha sido siempre las once. Ha sonado. Mi hijo no parece: yo voy á cumplir por él. (Dirigiéndose á los Trabajadores.) Amigos mios, seguidme. Voy á entregaros el galardon que merece vuestra honradez. (D. Pedro entra por una de las puertas laterales. Los Labradores le siguen. María corre á la puerta del foro, mira con afan á derecha y á izquierda, vuelve á entrar en casa, y dice al pasar por junto á D. Deogracias:)

MARIA. Señor don Deogracias, usted es muy bueno, y sobre todo muy condescendiente.

DEOG. Vamos. Bien, ¿y qué?

MARIA. Corra usted á buscar á Rafael miéntras yo entretengo á mi esposo.

DEOG. Señora, yo no me he casado por no tener hijos...

MARIA. En usted confio. (Vase.)

ESCENA II.

D. Deogracias, solo.

Sí... vaya usted á buscarle... y el muchacho que se halla en la edad de las ilusiones, me contestará muy fresco: «Querido preceptor, estoy al lado de una mujer jóven y bonita, aspirando el perfume del tomillo y el aroma de la violeta. Soy feliz, y no quiero ser inconstante con la felicidad». ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Estas madres, todo amor, todo sentimiento, son siempre egoistas tratándose de sus hijos... Pero ¿qué tendré yo en la cara que todo el mundo me lleva y me trae como un zarandillo? Y cuidado que me esfuerzo por dar á mi semblante la gravedad del perro de presa. ¿Por qué, me pregunto, como decia el Apóstol, me veo siempre obligado á hacer todo aquello que no quisiera hacer? He tenido un odio terrible á los chiquillos, y hace treinta años que soy maestro de educacion primaria. Detesto á las mujeres, porque, como dice Isócrates, «la más perfecta tiene el diablo en el cuerpo,» y todas las del pueblo me toman por su paño de lágrimas. No he querido estrechar el nudo gordiano, temeroso de no encontrar otro Alejandro que lo cortara con su espada el dia que me oprimiera demasiado, y no hay casado en el pueblo que no me busque en sus trastornos maritales. Duermo abrazado al celibato por no tener hijos, y todas las madres se empeñan en que cuide los suyos. Pero esto no puede seguir así. El que tenga penas que las aguante. El que esté desesperado que se ahorque de una higuera como Júdas. Desde hoy quiero vivir libre. Sí, viva la libertad, viva la libertad. Vamos á ver si encuentro á ese muchacho, porque su pobre madre... (Se dirige al fondo á tiempo que entra Aníbal.)

ESCENA III.

ANIBAL, D. DEOGRACIAS.

ANIBAL. (Entrando con los brazos abiertos desde el foro.) Adios, ilustre dómine. (Queriendo abrazarle.)

DEOG. (Rechazándole.) ¡Hola, Mefistófeles!

ANIBAL. ¿Ha leido usted á Goethe?

DEOG. Sí: en el folletin de *Las Novedades.*

ANIBAL. *¡Fausto!* ¡Gran obra!

DEOG. ¡Chips! Sólo he sacado en limpio que hay un diablo que se finge amigo de un tal Fausto para engañarle; y como tú haces lo mismo con Rafael, por eso te he dicho: ¡Hola, Mefistófeles!

ANIBAL. Con la única diferencia que Mefistófeles era un gran diablo, y yo soy un pobre diablo.

DEOG. Lo de pobre no lo pongo en duda.

ANIBAL. Usted siempre epigramático conmigo.

DEOG. Soy franco. La mala voluntad que te profesaba de niño, sigue suspendida sobre tí, como la espada de Dionisio el antiguo sobre la cabeza de su cortesano Damócles.

ANIBAL. Está usted terrible, mi querido dómine; pero yo lo sufro todo de usted, aunque no sea más que por respeto á ese venerable gorro de algodon. (Aníbal rie.)

DEOG. Así se rien los tontos.

ANIBAL. Si no estuviera plenamente convencido de que no le he hecho á usted ningun favor, creeria que me calumnia; pero eso queda para los amigos íntimos.

DEOG. Por fin te perderé de vista pronto, y Rafael se verá libre de tu contacto.

ANIBAL. Sólo una pena me aflige al separarme de usted: no llevarme una fotografía de su respetable humanidad. ¡Está usted tan interesante con su levita interminable y su gorro de algodon!

DEOG. ¡Vete al diablo! (Cuando tropiezo con este calavera pierdo los estribos; ya me olvidaba de Rafael: pero

éste tal vez sabrá.) Oye, Vellido Dolfos, ¿no has visto á mi discípulo Rafael?

ANIBAL. ¿Cómo? ¿Aun no ha regresado de su expedicion matutina?

DEOG. No.

ANIBAL. ¡Oh poder invencible de la hermosura! Los hombres más fuertes, las naturalezas más enérgicas, caen rendidas á tus plantas como el esclavo cobarde ante el látigo de su señor.

DEOG. ¿Qué diablos estás diciendo?

ANIBAL. ¡Ilustre dómine! Adorado preceptor... créame usted, á pesar de su odio mortal al bello sexo: Rafael está bestialmente enamorado de la Marquesa.

DEOG. ¿Con que tú crees?...

ANIBAL. Cuando veo unos ojos negros de mirada irresistible, una boca de cielo que sonrie amor, y junto á esta mujer un jóven apasionado como Rafael, que la ofrece el brazo, que aspira con voluptuosidad las flores que engalanan sus largos cabellos; entónces ¿cómo no creer que aquel hombre caerá por fin loco de amor á los piés de aquella beldad repitiendo: ¡Te amo! ¡Te amo!

DEOG. (En tono declamatorio.) ¡Te odio! ¡Te aborrezco! Te maldigo, mujer maquiavélica, araña con faldas, que tejes la red para atrapar á mi discípulo. (Aníbal se rie.) Pero no será. (Como si hablara consigo mismo.) Yo, cual la sombra del rey de Dinamarca, me alzaré entre ellos gritando: «¡Hamlet! ¡Hamlet! Venga á tu padre.» ¡Corramos á buscar á Rafael! (Coge el sombrero y el paraguas.)

ANIBAL. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Es un tipo, es un tipo digno de estudio!...

ESCENA IV.

ANIBAL en el proscenio; D. DEOGRACIAS corriendo hácia el foro, á tiempo que entra RAFAEL.

RAFAEL. (Abrazando al dómine.) ¿A dónde va usted tan desaforado, mi querido maestro?

DEOG. (Respiro: ya le tenemos en casa.)

RAFAEL. Aníbal. (Bajando la voz y dándole la mano.) ¡Si supieras!...

ANIBAL. ¿Con que la Marquesa?...

RAFAEL. Es la mujer más encantadora del universo. ¡Qué talento! ¡Qué corazon! ¡Oh! A buen seguro que si don Deogracias hubiera tropezado allá en sus verdes años con una mujer como la Marquesa, á estas horas seria un respetable padre de familia.

DEOG. El amor es una enfermedad del corazon, de la que Dios ha hecho la gracia de preservarme.

RAFAEL. ¡El amor! Si el bello ideal tan codiciado por los hombres existe en el mundo, se encierra en esta frase: amar y ser amado.

DEOG. El amor es la portada del matrimonio; el matrimonio el prólogo del aburrimiento, y del aburrimiento al suicidio sólo hay un capítulo titulado «El cañon de una pistola».

ANIBAL. La mujer más hermosa de la creacion no convenceria á este célibe invulnerable.

DEOG. El abate Cuyon, que era voto en la materia, ha dicho que el infierno está empedrado de lenguas de mujeres.

RAFAEL. ¡Oh! Demos tiempo al tiempo. Aun rendirá tributo al rapaz vendado. Esa es una contribucion que los mortales tenemos que pagar tarde ó temprano.

DEOG. Allá veremos. Pero hablando de otra cosa, tu padre está esperándote. Entremos. (El dómine se encamina hácia la puerta de la izquierda.)

RAFAEL. Soy con usted. (A Aníbal.) Aníbal, creo que me ama. Adios, luégo hablaremos.

ANIBAL. Tengo que comunicarte un pensamiento.

RAFAEL. ¿Perteneciente á la Marquesa?

ANIBAL. Algo le toca.

DEOG. Vamos.

RAFAEL. Sí, allá voy. (Anda, dilo en dos palabras.)

ANIBAL. Hombre, no es cosa que corre prisa; te están esperando...

RAFAEL. De todos modos mi padre es tan exacto que ya habrá distribuido los premios: habla, habla.

ANIBAL. ¿Te olvidas que la Marquesa debe abandonar este pueblo el dia ménos pensado?

RAFAEL. Tienes razon. (Se queda pensativo.)

DEOG. Pero muchacho, ¿vienes, ó no vienes? (Rafael no oye al dómine.)

ANIBAL. Los perfumados crepúsculos del verano tienen su fin como todas las cosas del mundo. Luégo viene el otoño con sus frescas brisas; la naturaleza se despoja de sus encantos, y se piensa en Madrid, en las dulzuras del invierno, en los abrigados salones de baile, en los teatros, etc., etc., y entónces la Marquesa, ántes que las primeras nieves caigan sobre las mustias violetas de su jardin, dará un adios á este triste lugarejo de Aragon, y...

RAFAEL. Es verdad.

ANIBAL. Madrid es el invernadero de las hermosas, la jaula de oro de los hombres de gusto.

RAFAEL. ¡Qué bella será la vida de Madrid!

ANIBAL. Madrid con dinero es el paraíso de la tierra. Nada hay que le iguale.

DEOG. ¡Qué demonios estarán hablando! Rafael, vamos, hombre.

RAFAEL. (Sin hacerle caso.) ¡Y si vieras cuán sensible me seria perder á esa cariñosa amiga que la casualidad me ha hecho conocer! Yo mismo me pregunto qué influencia mágica, qué poder extraño egerce sobre mí esa hermosa criatura, y no sé responderme, si es el amor que comienza á brotar en mi corazon, ó la amistad que tierna y afectuosa se apodera de mi sér.

ANIBAL. El amor. Tú amas á la Marquesa.

DEOG. Señor discípulo, ¿quiere usted poner punto final á esos apartes? (Rafael y Aníbal hablan en voz baja sin hacer caso del dómine.) Nada, no me oye, esto es abusar de mi condescendencia. (D. Deogracias sale gesticulando por el foro.)

ANIBAL. Si ella se marcha, como es probable, ¿qué piensas hacer?

RAFAEL. Lo ignoro. La idea de la separacion me aturde, me desconcierta.

ANIBAL. Hablemos como dos buenos amigos. Tú eres un mu-

chacho ingenuo. Tu padre es el hacendado más rico del alto Aragon; pero tú, el hijo de un millonario, sólo conoces el mundo por lo que te han dicho los libros. Te envió á estudiar á Zaragoza. Eres un abogado. Conoces las leyes que los hombres han sancionado para juzgar á los hombres; pero desconoces por completo el corazon humano. Dormida al tranquilo arrullo del hogar doméstico tu alma, vírgen á las pasiones, ha llegado á los veintiseis años. De repente una mujer encantadora se levanta ante tí. Tu naturaleza, jóven y vigorosa, se extremece: el amor, ese misterioso huésped del alma, asoma á tus ojos, buscando la mitad de su vida. Tú amas. Si eres correspondido, entónces tu pié se halla colocado sobre el camino que conduce á la felicidad. Pero si lo que tú crees amor es sólo un pasatiempo, en una palabra, si en vez de ser su amante, fueras su juguete, entónces, Rafael, el amor propio herido destrozará tu corazon, que hoy late vírgen á las terribles tempestades de las pasiones.

RAFAEL. Ese horizonte que me enseñas es triste como el dolor, negro como la desesperacion.

ANIBAL. Conozco á las mujeres, y mi deber es enseñarte los peligros.

RAFAEL. ¿Y si ella me ama?...

ANIBAL. ¿Te lo ha dicho?

RAFAEL. No; pero lo he leido en sus ojos.

ANIBAL. Los ojos de la mujer son un libro plagado de anacronismos. Lovelace, ese gran amador ingles, murió sin poder leer nunca en el corazon de la mujer.

RAFAEL. Me aturdes, Aníbal.

ANIBAL. El hombre, ántes de aturdirse, debe ver claro.

RAFAEL. Sé más esplícito.

ANIBAL. Supongamos que la Marquesa no te ama.

RAFAEL. Pero... eso...

ANIBAL. He dicho que supongamos. Tu deber es obligarla á lo contrario.

RAFAEL. No te comprendo.

ANIBAL. De veinte corazones femeninos, diez y nueve se rinden por vanidad, y uno por amor... Tú eres rico, in-

mensamente rico; si la Marquesa no te ama por tu persona, te amará por tu oro. Pon los medios, y triunfarás, te lo aseguro. (Rafael se queda como meditando. Pausa.) ¿Qué diablos tienes?... Levanta esa cabeza... el peligro se ataca frente á frente... Cuenta conmigo.

RAFAEL. Gracias, Aníbal.

ANIBAL. Si ella se marcha, no olvides que yo estoy estudiando en la corte: ven á buscarme, y entre los dos dispondremos el plan de ataque.

RAFAEL. Abandonar mi casa... dejar á mi madre...

ANIBAL. Entónces desiste de esa conquista.

RAFAEL. ¡Oh! Eso nunca.

ANIBAL. Eres un niño, Rafael; pero yo soy tu amigo de la infancia y quiero servirte. Voy á ver á la Marquesa. Ya sabes que la trato con bastante franqueza.

RAFAEL. ¿Cuál es tu intento?

ANIBAL. Sondear su corazon, y descubrir si te ama.

RAFAEL. Aníbal.

ANIBAL. Nada temas. Adios.

RAFAEL. En tí confío; pero prudencia.

ANIBAL. Descuida; adios.

RAFAEL. Que no tardes. (Vase.)

ESCENA V.

RAFAEL, solo.

¡Oh! La esperanza es tan bella, que me horroriza la idea de perderla.

ESCENA VI.

RAFAEL; DOÑA MARIA, saliendo por la puerta segunda de la izquierda.

MARIA. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡Ah! Madre mia.

MARIA. Hijo mio, tu tardanza me ha hecho sufrir tanto, que hasta creo que estoy resentida contigo.

RAFAEL. ¿Usted?

MARIA. Sí, alguna vez me he de enfadar.

RAFAEL. Pues entónces, querida madre, será la primera en mi vida que no oigo en esos lábios palabras de dulzura, y no veo en esos ojos miradas de cariño.

MARIA. Cuando los hijos faltan, los padres deben reprenderles.

RAFAEL. Sí, pero cuando los hijos se arrepienten de sus faltas, las madres que son tan buenas como usted, perdonan é imponen una penitencia.

MARIA. ¡Una penitencía! ¿Y cuál?

RAFAEL. Un abrazo. (Abraza á su madre.)

MARIA. Tú siempre concluyes por tener razon.

RAFAEL. Y la tengo, madre mia.

MARIA. Pues me gusta.

RAFAEL. Vamos á ver: ¿cuál es mi culpa?

MARIA. ¡Te parece poco! ¡Faltar á la distribucion de los premios! Tu padre se ha resentido mucho.

RAFAEL. Lo creo; pero mi madre, que es el ángel de este hogar, procurará desenojarle... ¿No es cierto?

MARIA. Yo no puedo negarte nada.

RAFAEL. Ademas, toda la culpa no es mia: esa noble señora que ha venido á honrarnos éste verano, me distingue con su amistad.

MARIA. Rafael, vas con demasiada frecuencia á ver á la Marquesa.

RAFAEL. La educacion lo exige, madre mia; admiradora entusiasta de la naturaleza, desea recorrer nuestro radio, necesita un hijo del país que la acompañe, y me ha elegido á mí.

MARIA. Sí, pero á veces os alejais demasiado del pueblo, y olvidas que en esta casa tu tardanza causa un disgusto á tus padres.

RAFAEL. No lo olvido, madre mia; pero usted, que es tan justa, tan buena, no podrá ménos de conocer que seria una inconveniencia abandonar á la Marquesa en la cumbre de un monte diciendola: «Señora, en mi casa se come á la una; el pueblo dista media hora de este sitio; son las doce y tres cuartos, con que eche usted á correr conmigo, ó quédese aquí sola hasta que guste».

MARIA. Temo que esa mujer te robe una parte del cariño que me pertenece.

RAFAEL. ¡Oh! Eso nunca... Mi madre es lo primero... Su amor ocupa el sitio preferente de mi corazon.

MARIA. Mira, Rafael, las madres no perdonamos nunca á la mujer que nos roba el amor de nuestros hijos... ¡Tenemos tantos derechos para ser amadas!

RAFAEL. Yo los reconozco, y en nombre de ese amor quiero pedir una gracia para que usted á su vez la solicite de mi padre.

MARIA. Sepamos la peticion.

RAFAEL. Debo advertir á usted que yo he dado de antemano mi palabra confiando en su condescendencia.

MARIA. ¡Ah! Entónces...

RAFAEL. Mi peticion se reduce á que mi padre venda algunos piés de terreno de la huerta que linda con el jardin de la Marquesa. Esa señora desea agrandarle, y me ha hecho esta mañana esa peticion, á la que he accedido creyéndola insignificante, y me está esperando para...

MARIA. Has hecho mal en comprometerte, Rafael. Ya sabes que tu padre no quiere vender ni un palmo de tierra.

RAFAEL. Pero madre mia, á un hacendado que posee más de sesenta mil hanegadas de tierra...

MARIA. Si has empeñado tu palabra, yo creo que tu padre no te dejará mal; pero estoy segura que no se deshará sin disgusto de ese trozo de huerta.

RAFAEL. Aquí viene; no olvide usted que esa señora me está esperando.

MARIA. Tú le conoces: es bueno, y te quiere con delirio: no sabe negarte nada, pero procura desenojarle ántes de pedirle algo.

ESCENA VII.

DICHOS; D. PEDRO, por la izquierda; D. DEOGRACIAS, por el foro; Labradores.

PEDRO. (A los Labradores sin reparar en Rafael.) Amigos mios, os he recompensado como todos los años, porque sois bue-

nos y honrados. Dios haga que el pequeño galardon que con tanto placer distribuyo entre vosotros os estimule á mirar el trabajo como la primera riqueza del hombre. Ahora estais libres.

RAFAEL. (Colocándose delante de ellos.) Esperad un momento, digo, si mi padre lo permite, pues justo es desenojarle en presencia vuestra.

PEDRO. ¡Ah! ¿Eres tú, Rafael?... (A los Aldeanos.) Quedaos.

RAFAEL. Por la primera vez en mi vida he faltado á la distribucion de los premios: mi padre ha cumplido por mí, y yo le pido perdon delante de vosotros; y como es justo recompensar los perjuicios que uno causa, aunque éstos sean involuntarios, en cambio de la hora que os he robado con mi tardanza, ofrezco esta tarde bailar con las mozas en la plaza, y beber con los mozos en mi bodega.

MOZA. Nosotras nos creeremos muy honradas bailando con el señorito.

MOZO. Y nosotros bebiendo con él.

RAFAEL. Gracias, amigos mios. Yo por mi parte tambien me creeré muy honrado cumpliendo lo ofrecido

DEOG. (A D. Pedro.) Platon ha dicho: «Ingenio, humildad y juventud, pocas veces están juntos». Platon no conocia á Rafael.

MARIA. (A Rafael.) Bien... bien, hijo mio.

DEOG. Miéntras la sociedad no se convenza de que la inteligencia de los niños es un campo en que el maestro de escuela arroja la primera semilla del saber, no nos queda otro recurso que repetir con el vulgo: ¡Paciencia y barajar!

RAFAEL. Ahora, padre mio, sólo espero saber si me guarda usted rencor.

PEDRO. (Dando la mano á su hijo.) Yo nunca he sido rencoroso.

(María acompaña á los Labradores hasta la puerta. D. Pedro y Rafael hablan en voz baja. D. Deogracias se sienta junto á una mesa, en la que habrá recado de escribir, y saca un manuscrito del bolsillo de la levita.)

DEOG. Puesto que se han firmado las paces en el hogar doméstico, aprovecharé este momento para añadir algunas líneas á mi libro sobre la mujer. (Escribe.)

MARIA. ¿Sabes, Pedro, que tu hijo, despues de haber cometido una falta, trata de pedirte un favor?

PEDRO. Y como siempre, busca el apoyo de su madre.

RAFAEL. Y tanto es verdad, padre mio, que dejo á usted solo con ella para que interceda en mi favor, y pido á usted permiso para ausentarme unos instantes. Adios, madre mia, no olvide usted que he dado mi palabra. (Vase.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, D. DEOGRACIAS escribiendo.

PEDRO. ¿Y qué es lo que quiere ese aturdido?

MARIA. Muy poca cosa; que vendas algunos piés de terreno de la huerta grande.

PEDRO. ¿A quién?

MARIA. A la señora marquesa de Lorentini.

PEDRO. ¿A la Marquesa?

MARIA. Sí, Rafael ha empeñado su palabra... parece que esa señora quiere agrandar su jardin.

PEDRO. Rafael ha hecho muy mal en comprometerse. Ya sabes que me desagrada vender ni un palmo de tierra de la herencia de mis mayores.

MARIA. Esa señora distingue á nuestro hijo, y él no ha podido negarse á una peticion tan insignificante. Ademas, yo intercedo en su favor.

PEDRO. No se hable más del asunto: se venderá el terreno que necesita, puesto que los dos conspirais contra mí.

MARIA. Te doy las gracias en nombre de mi hijo y en el mio. La Marquesa vendrá ántes de mucho á extender el contrato de venta. Rafael ha ido á buscarla, segun me dijo.

DEOG. (Hé ahí una madre interesándose por la serpiente que amenaza estrangular á su hijo.)

PEDRO. Si te he de ser franco, María, siento en el alma que Rafael concurra con tanta frecuencia á casa de esa señora.

MARIA. Amistades que honran, querido Pedro, nunca son demasiado estrechas.

DEOG. (Lo mismo puede ahogar un cordon de seda que una soga de esparto.)

PEDRO. Nuestro hijo es ingenuo; tiene, como vulgarmente se dice, el corazon en la mano, y esa Marquesa...

MARIA. Es una señora honrada que pertenece á la clase más distinguida de la sociedad. Ademas, tiene bellas cualidades que la enaltecen á mis ojos: desde que llegó al pueblo manda decir todos los dias una misa por el alma de su difunto esposo, misa que ella oye, distribuyendo limosnas á los pobres que piden en el atrio de la iglesia.

DEOG. (La religion de ciertas mujeres se reduce á servir á Dios sin reñir con el diablo.)

PEDRO. Yo no dudo de la honradez de esa noble señora; pero tengo alguna experiencia, y temo que Rafael pierda la paz de su alma, porque la Marquesa es jóven y hermosa.

MARIA. Yo, como tú, sospeché que Rafael podia amar á la Marquesa. Esta idea me preocupó por algunos dias, y pensé comunicártela. Luégo la reflexion, el cálculo, comenzaron á tranquilizarme; porque á una madre le parece poco una corona real para la frente de su hijo.

DEOG. (Vanidad de vanidades, como dice el *Eclesiastes*.)

MARIA. Rafael es jóven, me dije, rico, no mal parecido. El traje de sociedad y las maneras distinguidas no le son del todo extrañas, y el título de marqués lo habia de llevar por lo ménos con tanto desembarazo como otros muchos que pisan los salones de la corte.

PEDRO. Ese pensamiento es absurdo. En mi familia dan los varones su apellido á la mujer que eligen por esposa, y te advierto que me sonaria muy mal oir llamar á mi hijo el marido de la señora Marquesa.

ESCENA IX.

DICHOS, LA MARQUESA, RAFAEL, D. ALEJO.

RAFAEL. Padre mio... la señora marquesa de Lorentini.

DEOG. (Ya pareció el peine.) (Sigue escribiendo.)

RAFAEL. El señor don Alejo de Alcántara, tio de esta señora.

MARQ. Tengo el honor, caballero, de estrechar la mano del hombre más honrado y distinguido del Alto Aragon.

PEDRO. Señora...

MARQ. Yo adeudaba una visita á su esposa; vengo á pagarla, y á pedir al mismo tiempo un favor.

MARIA. ¡Ah! Señora... usted manda aquí como en su casa. Rafael nos ha hablado del asunto, y es negocio concluido... ¿No es verdad, Pedro?

PEDRO. La señora Marquesa tiene en esta casa dos partidarios, ante los cuales siempre quedo vencido. Mi esposa y mi hijo.

MARQ. Doy á ustedes las gracias por la generosidad con que acceden á mis deseos. Querido tio, arregle usted la cuestion de intereses con la persona que don Pedro le indique.

ALEJO. Estoy á sus órdenes, caballero.

MARIA. ¡Bah! Señora... Eso no vale la pena. Usted tomará los piés de terreno que necesite, y cuento concluido.

MARQ. Con esas condiciones, que agradezco en el alma, mi jardin no se ensanchará ni una pulgada.

PEDRO. Dice bien la señora Marquesa. Nosotros no tenemos derecho para ofrecerla gratis algunos palmos de tierra.

MARQ. ¡Oh! No atribuya usted á vanidad mi negativa.

PEDRO. Nada de eso, señora: yo en lugar de usted haria lo mismo.

ALEJO. Entónces, señor don Pedro, cuando usted guste formalizaremos el contrato.

MARQ. (A María y Rafael.) El pueblo es encantador, su cielo sonrie siempre, sus puntos de vista son admirables... ¡Oh! Aseguro á ustedes que no olvidaré fácilmente esta temporada de verano. (Mirando á Rafael.)

MARIA. A nosotros los pobres lugareños, nada nos halaga tanto como los elogios tributados á nuestro pueblo por las personas que vienen de la corte á honrarnos con su presencia.

RAFAEL. Sin embargo, Madrid debe ser el paraiso de la tierra.

MARQ. No diré que no; pero en tal caso es un paraiso cuyo ambiente se masca en verano.

DEOG. En tiempo de Felipe II, cada uno aspiraba el viento solano de Julio y Agosto en su casa solariega, sin ocuparse de si en otra parte se respiraba aire más fresco; pero ahora la via férrea ha puesto en conmocion al género humano, y se viaja por moda, por espíritu de imitacion.

MARQ. (A María.) ¿Quién es ese señor?...

MARIA. El preceptor de mi hijo, un hombre de bien, un sabio.

PEDRO. Este caballero quiere que la venta se haga con todos los requisitos que marca la ley.

MARIA. Es muy justo.

PEDRO. Entónces, si la señora Marquesa nos da su permiso, entraremos un momento en mi despacho.

MARQ. Aquí espero á ustedes.

MARIA. Rafael, quédate acompañando á esta señora. Pronto salimos. Vamos, señores... (Vanse María, D. Pedro y don Alejo.)

ESCENA X.

LA MARQUESA, RAFAEL, D. DEOGRACIAS.

MARQ. Rafael, ¿quiere usted hacerme el favor de abrocharme este guante? (Rafael lo hace.)

DEOG. (Escribiendo.) «Capítulo veintiuno. La araña y la mosca.»

MARQ. Gracias.

RAFAEL. La señora Marquesa me honra mucho utilizando mi insuficiencia.

MARQ. ¿Por qué no me llama usted Luisa? Suena tan mal en mis oidos el título de Marquesa pronunciado por un amigo como usted...

RAFAEL. Señora, esa franqueza me confunde, y yo no merezco...

MARQ. La franqueza, como la amistad, tiene sus límites, y yo creo que usted no ha de traspasarlos nunca.

RAFAEL. ¡Oh! Nunca.

MARQ. Nada me enoja tanto como esa rigidez enfadosa que trae consigo la etiqueta. La vida del campo y la de la corte son para mí iguales. Unicamente cambio de decoracion, de traje, madrugo más, trasnocho ménos, canto como las alondras á la salida del sol, recorro las praderas arrancando flores, aspiro el perfume de los montes, y me divierto cuanto puedo sin ocuparme de los demas. Yo bien sé que cuando la maledicencia encuentra ante su paso á una mujer jóven y no fea, viuda á los veintiseis años, con una fortuna regular y un carácter independiente y aturdido, clava en ella su diente, dejando algunas veces sobre su honra la mancha de la calumnia.

RAFAEL. ¿Y quién se ha de atrever á criticar á usted esa franqueza con que trata á sus amigos?

MARQ. Los mismos amigos á quienes tiendo una mano y envio una sonrisa...

RAFAEL. Esos no son amigos.

MARQ. ¡Oh, al contrario! Amigos y amigos íntimos, de esos que nos ofrecen el brazo para bajar la escalera, que abren la portezuela de nuestro coche, que se sientan á nuestro lado, que tienen libertad para componer la flor que se cae de nuestro prendido, que toman té con nosotros y ven la ópera en nuestro palco; en una palabra, los que compran con la amistad el derecho de desollarnos á su antojo.

RAFAEL. Señora, en Aragon afortunadamente no existen esos amigos.

MARQ. ¡Error grave!... Existen en todas partes; pero eso no impedirá que continuemos nuestras excursiones matinales, nuestros paseos de exploracion por las pintorescas campiñas que rodean á este pueblo, como hasta aquí, si sus ocupaciones de usted se lo permiten...

RAFAEL. ¡Ah! Gracias, Luisa, gracias, pues me hubiera sido

muy sensible permanecer apartado de usted el resto del verano.

DEOG. (Esta mujer tiene una táctica capaz de vencer el hastío de Sardanápalo.)

MARQ. Pintaremos, cantaremos, y cogeremos flores riéndonos de todo aquel que olvide sus asuntos por ocuparse de los nuestros.

RAFAEL. Y sin embargo, señora, esas tendrán un término el dia de nuestra separacion.

MARQ. Sí, todo tiene un término en la vida; pero detras del invierno viene el verano, á no ser que usted quiera visitarme en la córte durante la estacion de las nieves. (Hablan bajo.)

DEOG. ¡Hola! Ya le enseña el camino. Hablan en voz baja... Se sonrie ella y él se pone serio... ¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! ¡Oh tú, Orígenes! Ilustre filósofo, sabio orientalista, pasmo y gloria de Alejandría, qué bien conocias al bello sexo cuando exclamaste: «La mujer es el jefe del pecado, el instrumento del diablo, el destierro del paraiso, y la corrupcion de la primera ley que el cielo dió al hombre».

ESCENA XI.

DICHOS, UN LACAYO.

LACAYO. (Desde el foro.) Señora Marquesa...

RAFAEL. (Maldito importuno.)

MARQ. ¿Qué ocurre, Ramon? (El Criado le entrega una carta.) Rafael, ¿me permite usted? (Lee.) Di al señor Vizconde que voy al momento. (Vase el Lacayo.)

RAFAEL. (Se ha inmutado.)

MARQ. Rafael, acabo de recibir una mala noticia de Madrid, y desearia que tuviese usted la bondad de llamar á mi tio.

RAFAEL. (Va á dirigirse hácia la segunda puerta de la izquierda á tiempo que salen por ella D. Pedro, D. Alejo y doña María.) Aquí vienen, señora.

ESCENA XII.

DICHOS, D. PEDRO, D. ALEJO, DOÑA MARIA.

MARQ. Querido tio, nos hemos detenido demasiado, y tenemos que despachar el correo, si estos señores nos permiten...

MARIA. ¡Pues yo lo creo! La franqueza ante todo.

MARQ. Señor don Pedro, doy á usted las más expresivas gracias por haber accedido á mis deseos.

PEDRO. Ya es de usted el terreno.

MARQ. Mucho me complaceré en poder contar á ustedes en el número de mis amigos. Lo mismo digo á este caballero.

DEOG. (Levantándose.) Deogracias Martínez, maestro de escuela, organista, célibe y autor de una obra inédita contra las mujeres, ofrece á usted su insignificancia...

MARQ. Cuénteme como suscritora á su obra por veinticinco ejemplares. Ahí tiene usted la tarjeta de direccion. (Le da una.) Rafael... hasta luégo, amigo mío. (Le da la mano.) ¡Señores!... Vamos, tio.

ALEJO. Vamos. (Salen por el foro. Rafael recoge y guarda un papel que ha caido del tarjetero de la Marquesa al dar la tarjeta á don Deogracias.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos LA MARQUESA y D. ALEJO.

MARIA. (A D. Pedro.) ¿Has visto qué franqueza, qué amabilidad?

RAFAEL. (Me quema la mano esta carta.) (Unos muchachos pasan por el foro tocando una campanilla.)

PEDRO. María, dame el sombrero. Don Deogracias, ¿viene usted á misa?

DEOG. Iba á proponer á usted lo mismo.

PEDRO. Entónces, vamos. ¿Vienes, Rafael?

RAFAEL. La he oido esta mañana.

MARIA. Rafael es como yo, la misa lo primero. Vaya, no tardes... Hasta luégo, hijo mio, voy á disponer la comida y la merienda que has ofrecido á los muchachos. (Vanse por el foro.)

ESCENA XIV.

RAFAEL, solo.

¡Ah! Por fin me dejan solo. (Abre la carta y lee con agitacion.) «Luisa, el pleito va mal, muy mal. He venido en posta para enterarte de todo. Te espero, no tardes. Arturo.» —¡Quién será este hombre! La carta no puede concebirse en estilo más familiar. (Leyendo.) «Te espero, no tardes.» (Representando.) Ella no ha podido ocultar su asombro: su rostro se ha demudado al leer este nombre. Arturo... ¡Arturo! ¿Será su amante? ¡Oh ¡Imposible! Su corazon es libre como el aire que respira. Aquella mirada no puede mentir... (Aníbal aparece en la puerta del foro mirando hácia la calle.)

ESCENA XV.

RAFAEL, ANIBAL.

ANIBAL. (Desde el foro.) ¡Pischt! ¡Pischt! Rafael, ¿estás solo?

RAFAEL. ¡Ah! ¿Eres tú? Entra. Nunca has llegado con tanta oportunidad. Mira. (Le da la carta. Aníbal la lee.) ¿Qué opinas de esta carta?

ANIBAL. Opino que la Marquesa abandonará hoy este pueblo acompañada de ese señor Arturo, á quien he visto asomado al balcon con el sombrero puesto, un habano en la boca, y todo el aire impertinente de un señorito de la córte que se aburre.

RAFAEL. Aníbal, yo no puedo creer que la Marquesa abandone el pueblo sin estrechar ántes la mano de sus amigos.

ANIBAL. Chico, esa carta con su laconismo, es para mí un poema extenso, detallado, en el cual leo una historia de amor cuyo protagonista es...

RAFAEL. No prosigas. Tus palabras me hacen daño. Mi corazon me dice que no es su amante.

ANIBAL. Tu corazon es un niño mal criado á quien debes educar, á no ser que quieras que te dé veinte disgustos por hora. Tu buena fe te hace viajar siempre por los espacios imaginarios de la poesía.

RAFAEL. Y tú sólo ves la parte oscura de las cosas.

ANIBAL. Mira, Rafael, me he propuesto servirte en esta aventura, y aun á despecho tuyo no desistiré de mi pensamiento. Supongamos que Arturo es el amante de la Marquesa.

RAFAEL. ¡Aníbal!

ANIBAL. (Sin hacer caso.) Que se aman... que ha venido á buscarla, porque se cansaba de estar solo en la corte.

RAFAEL. Eso es un absurdo.

ANIBAL. Pues bien, tanto mejor. Al hombre lo engrandece la lucha, lo eleva la victoria. Tú no has sido nunca cobarde: lucha, pues, con ese rival que se levanta ante tí.

RAFAEL. Para luchar, será preciso que abandone el pueblo, que me separe de mi querida madre.

ANIBAL. Con un mes de ataque, dirigido con acierto, la victoria se decidirá por uno de los combatientes. Y creo que tu madre no se ha de morir por una separacion tan corta.

RAFAEL. Yo no quiero ver lágrimas en sus ojos.

ANIBAL. Entónces te daré un consejo. Busca una montañesa de color sano y áspero cútis; condúcela á la iglesia, dale allí el nombre de esposa, y dedícate á vegetar bajo el paterno techo de tus mayores.

RAFAEL. Maldito exagerado.

ANIBAL. Aborrezco las medias tintas. (Un Criado aparece en el foro. Trae una carta en la mano.)

ESCENA XVI.

DICHOS, CRIADO.

CRIADO. (Desde el foro) Don Rafael Mendoza...

RAFAEL. (Aparte á Aníbal.) ¡Lo ves! (Alto.) Yo soy.

CRIADO. La Marquesa me ha dado esta carta para usted.

RAFAEL. Está bien. (Vase el Criado. Rafael abre la carta con precipitacion, y cae de ella una flor que coge con entusiasmo. Luégo lee la carta en voz alta.) «Rafael, amigo mio: Un asunto de la mayor importancia me obliga á partir de este pueblo dentro de breves instantes. Le envio á usted esa flor que he llevado todo el dia sobre mi pecho; sea ella recuerdo de nuestra leal amistad. No podemos despedirnos; pero crea usted que yo nunca olvidaré las finas atenciones que le he merecido durante mi permanencia en este pueblo. Dé usted en mi nombre un adios á la ermita del monte, y otro á la fuente del valle, y no dude nunca de la leal amistad que le profesa su amiga—*Luisa.*»

ANIBAL. (Quitándole la carta.) A ver, á ver. (Lee para sí.) ¿Quieres que te diga qué pienso de esta carta? (Rafael hace un signo afirmativo.) Pues bien, esta mujer no ha escrito lo que ha querido, porque Arturo estaba apoyado en el respaldo de su butaca leyendo por encima de sus hombros.

RAFAEL. ¿De modo que tú crees que me ama?

ANIBAL. No nos confundamos. ¿Tú le declaraste tu amor?

RAFAEL. No; pero debe haberle descubierto en mis ojos, en mis miradas.

ANIBAL. Eso lo descubre al momento la mujer, y á veces mucho ántes que el hombre lo sienta. Pero á ellas no les basta eso. Tú no te has declarado: entónces la carta no puede ser más esplícita. Epístola femenina que contiene una flor, é invoca el recuerdo de una fuente y una ermita, es casi una declaracion. Así,

pues, amigo mio, la batalla no está perdida. Un esfuerzo, y la victoria es tuya.

RAFAEL. ¡Oh! Sí, sí. ¿Qué es la vida sin amor?

ANIBAL. ¡Chist! No levantes la voz. Tus gritos pueden alarmar á la familia. Te dejo: voy á ver si descubro algo. Esta tarde á la caida del sol te espero junto á la cruz del camino de Zaragoza. Allí hablaremos.

RAFAEL. ¡No faltaré!

ANIBAL. Ánimo y confianza. (Vase.)

ESCENA XVII.

RAFAEL, despues DOÑA MARÍA y una CRIADA que comienza á disponer la mesa.

RAFAEL. (Dirigiéndose á la ventana de la izquierda.) Necesito aire. Mi frente arde, mi corazon late como si fuera á cometer un crímen. (Mirando al campo) ¡Ah! Sacan una silla de posta... Luisa está asomada al balcon, y á su lado ese hombre que ha venido á turbar mi alegría. (Se queda mirando, apoyado en el hueco de la ventana.)

MARIA. Date prisa, Antonia; el señor no puede tardar; ya sabes que á la una en punto quiere tener la sopa en la mesa. (María busca con una mirada á su hijo: le ve en la ventana y se sonrie; luégo se acerca hácia él y se apoya familiarmente en su hombro.) ¡Rafael! (Este vuelve la cabeza, y al ver María la palidez de su hijo, dice conmovida:) ¡Dios mio! ¿Qué tienes? ¿Estás malo? ¡Tu faz está desencajada! ¡Tus ojos enrojecidos!

RAFAEL. ¡Se marcha! ¡Se marcha, madre mia, y yo la amo!

MARIA. ¿Pero quién se marcha?

RAFAEL. ¡Ella! ¡Luisa! La Marquesa.

MARIA. ¡Ah! (Viendo á D. Pedro y D. Deogracias que aparecen en el foro.) ¡Rafael! ¡Hijo mio! Que tu padre no lea en tu semblante el dolor que destroza tu corazon. Hoy es tu cumpleaños.

PEDRO. María, manda que sirvan la comida, y toca la campana. He visto dos pobres en la plaza que sin duda esperan la señal.

(María da órdenes á la criada, y ésta sirve la sopa: luégo se dirige al foro y tira de la cuerda haciendo vibrar la campana; algunos Criados salen por la izquierda: poco despues dos Pobres se presentan en el foro.)

DEOG. (A los Labradores.) Amigos mios, hoy es gran dia: la matanza ha sido espléndida, y el vino no va á escasear. Con que á la mesa.

PEDRO. Sí, sí, á la mesa, y reine la alegría. Rafael, á tu puesto, hijo mio. (Aparecen los Pobres en el foro.)

POBRE. La paz de Dios sea en este caritativo hogar.

PEDRO. Adelante, hermanos. Ya sabrán las costumbres de esta casa, con que á sus puestos. (Los Pobres quieren besarle la mano á D. Pedro, y éste les sienta á su lado. Todos hacen lo mismo. Rafael se queda en la ventana distraido: su madre se acerca hacia él, y le dice en voz baja:)

MARIA. ¡Por la Santa Madre de Dios, hijo mio, que tu padre está esperando!...

RAFAEL. Los dos suben al coche... ¿Lo ve usted, madre mia?... Los dos, y ella ha entrado sonriéndose... pero yo...

PEDRO. ¡María! ¡Rafael! Los pobres esperan, y la caridad no debe nunca detener su paso cuando le tiende la mano el menesteroso. (María coge á Rafael del brazo, y le conduce á la mesa. Este vuelve la cabeza hácia la ventana. Por fin se sienta y D. Deogracias extiende la mano sobre los manjares.)

DEOG. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... (En este momento se oye el ruido de una silla de posta. Rafael se levanta, pero su madre, cogiéndole por el brazo y dirigiéndole una mirada suplicante, le obliga á sentarse nuevamente.)

RAFAEL. (¡Oh! ¡Esa mujer se lleva mi alma! ¡Yo iré á recobrarla!) (Todos deben haberse apercibido de este movimiento de Rafael, pero D. Pedro dirige una mirada dominando la situacion.)

DEOG. (San Agustin ha dicho que «Todo hombre tiene una Eva y un paraiso». Creo que la señora Marquesa será para este Adan la segunda edicion del *Génesis*.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante en casa de la marquesa de Lorentini. Puerta al foro, y laterales. Un balcon practicable en el primer término de la derecha del actor.

ESCENA PRIMERA.

MARQUESA, escribiendo junto á la chimenea; D. ALEJO, asomado al balcon.

ALEJO. ¡Soberbio animal!

MARQ. ¿De quién habla usted, querido tio?

ALEJO. Del caballo que compró ayer nuestro vecino.

MARQ. ¡Ah! Sí...

ALEJO. (Entrando á la escena.) Sabes, sobrina, que ese jóven tiene muy buen gusto.

MARQ. (Escribiendo.) Sí... tiene dinero.

ALEJO. Hace dos meses se instaló en el cuarto principal de la casa de enfrente, y en ese tiempo le he visto estrenar dos carruajes á cual más elegantes.

MARQ. Oí decir allá, en el pueblo, que su padre era millonario. (Luisa escribe.)

ALEJO. ¡Ah! Entónces hace bien: el dinero debe gastarse: el lujo de los ricos es el bienestar de los pobres. ¿Pero qué diablos haces tan atareada?

MARQ. La lista de los convidados.

ALEJO. Buen guarismo. (Mirando la lista.)

MARQ. Es preciso no olvidar á nadie. ¡Tiene uno tantos amigos!

ALEJO. Te sucede casualmente lo contrario que á mí: no tengo ninguno. (Luisa toca un timbre, y sale un Criado con un ramo en la mano.)

ESCENA II.

DICHOS, CRIADO.

MARQ. ¿Qué es eso, Ramon?

CRIADO. El señorito don Rafael, que ha mandado este ramo para la señorita. (La Marquesa extiende el brazo, y el Criado se lo da.)

ALEJO. El ramito cotidiano. Ese chico va á enriquecer á la valenciana de la calle de Peligros.

MARQ. Mira, Ramon: dispondrás que ensillen la yegua. Tengo ganas de dar un paseo. ¿Vendrá usted, tio?

ALEJO. Con mucho gusto. Hoy no pienso ir á la bolsa: mandaré á mi agente de negocios.

CRIADO. ¿Qué caballo quiere el señor?

ALEJO. El tordo.

CRIADO. ¿Manda algo más la señorita?

MARQ. ¿Ha venido alguno?

CRIADO. Ha venido un señor de edad, algo extravagante, con un leviton hasta los talones y un paraguas debajo del brazo.

MARQ. ¿Por qué no se me ha pasado aviso?

CRIADO. Diré á usted, señorita. Vino á las siete de la mañana: el portero le dijo que la señorita no se habia levantado, y se fué; pero volvió á las ocho, y le dijo lo mismo; y luégo volvió á las diez, es decir, tres veces.

MARQ. ¿Quién será ese hombre? ¿No te dijo cómo se llamaba?

CRIADO. Llevaba en la mano una tarjeta de la señorita. Yo le pregunté su nombre, y me dijo:—La Marquesa no se acordará de mí: volveré, volveré.

MARQ. Pues bien, que éntre cuando vuelva. (Vase el Criado.)

ESCENA III.

MARQUESA, ALEJO, luégo RAFAEL.

CRIADO. (Desde el foro.) El señor don Rafael Mendoza. (Vase el Criado.)

MARQ. Adelante, amigo mio, adelante.

RAFAEL. Marquesa... (Dándole la mano.) Señor don Alejo...

ALEJO. Poco há nos ocupábamos de usted, querido vecino, ó mejor dicho, de su nuevo caballo.

MARQ. Dice mi tio que es un alazan precioso.

RAFAEL. Efectivamente es un buen caballo; estoy contento de él.

MARQ. Ya deseo verle.

RAFAEL. Si usted se digna asomarse al balcon, mandaré á mi criado que lo pasee por la calle.

MARQ. Gracias; pero esta tarde salgo á dar un paseo á caballo, y si usted quiere acompañarnos...

RAFAEL. Soy de la partida, y doy á usted las gracias por el ofrecimiento.

(D. Alejo se sienta al extremo opuesto que ocupa la Marquesa, y coge un periódico. Rafael, invitado por una seña de la Marquesa, se sienta á su lado.)

MARQ. (Bajando la voz.) Es usted un loco: gasta usted demasiado; eso no me gusta.

RAFAEL. Luisa, el caballo me proporciona el placer inmenso de verla á usted en el paseo.

MARQ. ¿Disculpa usted sus calaveradas, sus despilfarros, conmigo?

RAFAEL. No, Luisa, me disculpo á mí mismo á los ojos de usted que me reprende.

ALEJO. (Sin dejar de leer.) ¿Le ha costado á usted muy caro?

RAFAEL. (Distraido.) ¿Quién?

ALEJO. El caballo.

RAFAEL. ¡Ah! Doce mil reales.

MARQ. Vamos á ver. ¿Le ha escrito usted hoy á su madre?

RAFAEL. Es lo primero que he hecho esta mañana.

MARQ. ¿De veras?

RAFAEL. ¿Puedo yo acaso desobedecer las órdenes de usted? Le escribo todos los dias.

MARQ. Una madre, Rafael, es el tesoro que un hijo debe tener en más estima. Yo no quiero que usted se olvide ni un solo momento de ella.

RAFAEL. ¡Olvidar á mi madre! ¡Eso nunca! Cuando usted abandonó repentinamente el pueblo, una tristeza, un malestar inexplicable se apoderó de mí, y me arrojé en los brazos de mi madre confiándole un secreto que nunca habia asomado á mis labios. Le supliqué que me permitiera hacer un viaje á la corte. Lloró mucho, pensando en la separacion que le pedia, pero accedió á mis súplicas y hasta llegó á convencer á mi padre. ¡Oh! ¡Si usted la hubiera visto el dia que abandoné el pueblo! Pálida por el dolor, conmovida con el llanto, me apretaba contra su pecho y me decia besándome la frente: «Rafael, hijo mio, que Dios te ilumine, y su santa misericordia te torne al hogar doméstico». Luégo colgó de mi cuello un relicario diciéndome: «Guarda este talisman como una joya inestimable, porque en él se encierra el último consuelo de los hijos. Si, como no espero, algun dia te hallaras solo en tu dolor, cuando nada te quede, cuando te creas el más desgraciado de los hombres, entónces recurre á él; y si tienes fe, la felicidad sonreirá de nuevo sobre tu cabeza: porque ese talisman encierra el consejo de Dios empapado con las lágrimas de una madre.»

MARQ. ¿Y ese talisman?

RAFAEL. Lo llevo siempre sobre mi corazon.

MARQ. ¿Y nunca ha tenido usted curiosidad de saber lo que contiene?

RAFAEL. Jamas, señora; ofrecí á mi madre no abrirle sino en el trance más amargo de mi vida, y cumpliré la palabra. Ademas, espero que ese dia no llegue nunca. ¿Llora usted? (Hablan en voz baja.)

ALEJO. ¿Es usted aficionado á los toros, Rafael?

RAFAEL. No. (A Luisa.) ¿Cómo debo entender el interes que le inspira mi pobre madre?

ALEJO. ¿Y á la caza?

RAFAEL. Ménos. (Hablan en voz baja.)

ALEJO. ¿Y á la política?

RAFAEL. Tampoco. (¡Qué pesado!...)

ALEJO. Vamos, á usted no le gusta más que los caballos.

RAFAEL. Sí... eso es, los caballos.

MARQ. Rafael, vuelva usted al pueblo.

RAFAEL. Luisa, ese consejo en los labios de usted me hace daño. (D. Alejo sigue leyendo en voz baja.)

MARQ. ¿Hay algo más noble que interceder por una madre que llora la ausencia de su hijo?

RAFAEL. Quisiera verla á usted un poco ménos ocupada de mi madre, y algo más del motivo que me indujo á abandonarla.

MARQ. Que soy yo, ¿no es cierto? Vamos, veo que es usted incorregible.

RAFAEL. Yo conservo una carta y una flor que usted me remitió como despedida el dia en que la repentina aparicion de ese Arturo, á quien no conozco, la obligó á abandonar el pueblo. Arturo es para mí una duda, un recelo que me atormenta. Las frases cariñosas de aquella carta, la flor que por espacio de algunas horas habia descansado sobre el pecho de usted, son una esperanza que me reanima. Luisa, ¿quién es ese hombre que dispone de usted á su antojo? ¿Qué debo esperar de aquellas horas de dulce confianza trascurridas en los pintorescos prados de mi pueblo?

MARQ. Arturo es mi primo; y vino, como he dicho á usted varias veces, á comunicarme el mal estado de un pleito que, gracias á su actividad, está próximo á sentenciarse á mi favor. Apénas llegamos á Madrid, se trasladó á Barcelona en busca de unos documentos importantes, y debe llegar de un dia á otro. En cuanto á lo de la carta, la flor y las excursiones campestres...

ALEJO. ¡Desgracia! Oiga usted, Rafael, usted que es aficionado á la equitacion. (Leyendo.) «Ayer tarde, en el camino de Vallecas, se desbocó...»

RAFAEL. Lo he leido. (¡Qué inoportuno es este hombre!)

CRIADO. (Entrando.) Cuando la señorita guste, los caballos están dispuestos.

MARQ. (Mirando al reloj.) La una y media. (Al Criado.) ¡Bien! Bajo al momento. (A Rafael.) Adios, amigo mio.

RAFAEL. Luisa, se marcha usted sin desvanecer las dudas que me atormentan?

MARQ. ¡Ah! Sí, sobre la segunda pregunta. Pues bien, Rafael: esta tarde daremos un paseo á caballo, y esta noche le ofrezco á usted una silla en mi palco del teatro Real.

RAFAEL. (Cogiéndole la mano.) ¡Ah!

MARQ. ¡Chist! (Señalando á su tio.) Don Alejo está allí. (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA IV.

RAFAEL, D. ALEJO.

RAFAEL. ¡Oh! Si ella me ama, ¿qué me importa ese hombre que se levanta entre nosotros como un fantasma!

ALEJO. ¿Habla usted solo, amigo mio? (Levantándose y doblando el periódico.) ¿Tiene usted algun negocio entre manos?

RAFAEL. Sí... me trae preocupado un negocio de la más alta importancia para mí.

ALEJO. Fíele usted á mi experiencia.

ESCENA V.

DICHOS y ANIBAL.

ANIBAL. Señores... (Se dan las manos.)

ALEJO. Amigo Aníbal, le entrego á usted á este neófito en el tanto por ciento, que segun acaba de confesarme, se halla dispuesto á zambullirse de cabeza en el mar de la especulacion.

ANIBAL. ¿Tú?

RAFAEL. Sí, yo. (Aparte.) Ese hombre es tonto.

ANIBAL. (Sí, de la cabeza, que es lo peor.)

ALEJO. ¿Qué hay de nuevo en la corte, terrible calavera?

ANIBAL. Para mí la sociedad sufre pocas variaciones: siempre me parece bella, encantadora.

ALEJO. Sí, sí, los jóvenes como usted se divierten siempre... ¡Oh, quién fuera jóven!... Pero ustedes me permitirán vaya á disponerme... he ofrecido acompañar á mi sobrina. Esta tarde hago rabona en la bolsa... Hasta luégo... hasta luégo... (Vase.)

ESCENA VI.

RAFAEL, ANIBAL.

RAFAEL. ¡Gracias á Dios!

ANIBAL. ¡Amen! ¿Cómo va tu conquista?

RAFAEL. (Bajando la voz.) Me ha ofrecido una silla en su palco para esta noche, y voy esta tarde á pasear á caballo con ella.

ANIBAL. ¡Hola! Eso es algo... pero no lo bastante; es preciso atacarla, colocarla entre la espada y la pared.

RAFAEL. Temo un desaire...

ANIBAL. Chico, no olvides que la mujer desempeña siempre el papel de araña, cuando ve al hombre convertido en mosca... Aquí lo importante es convertirse en arrandajo y comerse la araña.

RAFAEL. ¿Y si me desprecia?

ANIBAL. Unas calabazas deben ser siempre motivo de enhorabuena para un hombre. ¡Cuántos disgustos, cuántas rabietas, cuántos ratos de mal humor evita un *no* pronunciado á tiempo! Por eso yo siempre prefiero las declaraciones á boca de jarro; producen más efecto. Gusta á las mujeres el vuelo del águila, porque avanza y se remonta; pero se rien del cangrejo, porque camina de lado y hácia atras. Desengáñate, Rafael: es más honroso recibir un bofeton por atrevido, que una mueca por certo. Créeme: á mí no me ha ido mal siguiendo ese método; pero hablemos de otra cosa: el hombre de marras ha llegado á la córte.

RAFAEL. ¡Arturo!

ANIBAL. ¡Chist! No hay necesidad de nombrarle.

RAFAEL. Sé esplícito.

ANIBAL. Debes estar en guardia con ese hombre, porque es temible. Yo he sabido por don Alejo y por un criado antiguo de la casa, ciertas particularidades, que á la verdad me alarman por tí. Es fino, delicado como una colegiala; nadie tiene mejor forma que él; pero su carácter en los momentos de lucha es fuerte como el acero. Ha tenido tres duelos desgraciados: Luisa le tiene miedo. Está casi arruinado, y trabaja con provecho y celo incansable en un pleito que triplica, si se gana, la renta de la Marquesa. El enemigo, como ves, es formidable; pero cuenta conmigo.

RAFAEL. ¿Qué me importa ese hombre si ella me ama?

ANIBAL. No seas niño. Compra un juego de floretes y otro de sables, y yo te daré una leccion diaria. Dicen que donde pone el pensamiento pone la bala; pero yo te enseñaré á poner la punta del florete donde pongas la intencion.

RAFAEL. El corazon suple la habilidad de los espadachines en los trances en que el hombre arriesga su vida.

ANIBAL. El corazon para un desafío sirve de mucho, si el maestro que se pone delante tiene miedo; pero si no lo tiene, es decir, si se hallan frente á frente dos corazones que laten tranquilos ante el peligro, entónces el que sabe más hiere primero.

RAFAEL. Seguiré tus consejos, pero tienes siempre la desgracia de ver las cosas por el lado más sombrío.

ANIBAL. Y tú la fortuna de verlo todo de color de rosa.

RAFAEL. Adios, estoy convidado á dar un paseo con la Marquesa, y no quiero hacerla esperar.

ANIBAL. Ya lo sabes, soy tu amigo para todo. (Vase Rafael.)

ESCENA VI.

ANIBAL, solo.

¡Qué lástima de muchacho! Para todas las cosas que emprende toma el camino más largo. Busca el corazon de la Marquesa, y creo que va á encontrarse con

una bala de Arturo... Afortunadamente estoy yo aquí y no le he de abandonar en el peligro. Yo en su lugar tomaria estos amores bajo un punto de vista muy diferente. La vereda que conduce al amor platónico tiene para mí una valla insuperable; esta valla sólo se vence con suspiros tiernos y miradas de almíbar. Si se presentara ante mi paso una mujer que reuniese los ojos incitadores de Elena, la majestad de Ester, y la pureza invencible de Lucrecia, como no tuviera en sus arcas reunidos los tesoros de Creso, no lograria arrancar á mi pecho suspiros platónicos. Detesto á ese filósofo que recorria las calles de Aténas con la boca abierta como un papa-moscas, y dedicando toda la fuerza de su espíritu á la contemplacion. (Un Criado saliendo del gabinete de D. Alejo.)

CRIADO. Señorito, don Alejo le espera á usted en su despacho.

ANIBAL. ¿Sí? Pues vamos á ver qué se le ocurre á ese millonario feliz. (Aníbal desaparece por una de las puertas de la izquierda.)

ESCENA VII.

CRIADO, D. DEOGRACIAS por el foro.

CRIADO. ¡Calla! El madrugador de marras.

DEOG. ¡Hola, muchacho! Dile á la señora Marquesa que estoy aquí.

CRIADO. Voy, señorito. (El Criado desaparece.)

DEOG. ¡Señorito! Aquí llaman á uno señorito aunque tenga más años que la pirámide de Cheops. ¡Uf! Qué villa la del Oso. Todo el mundo se levanta de la cama cuando los rayos del sol caen perpendicularmente sobre su cuerpo. Diógenes el cínico buscaba un hombre con la linterna por las calles de Aténas, y no encontrándole se volvia á su inmundo tonel más fresco que un rábano. Vaya usted á buscar sin linterna en esta Babel á un hijo de familia, que no tiene otra ocupacion que la de comerse á dos carrillos la herencia de sus padres. Pero yo me tengo la culpa. Zapatero á tus za-

patos. Ese debia ser mi lema, y no me hallaria ahora corriendo de Ceca en Meca, expuesto á que el gobierno se entere de mis excursiones y me deje cesante. Embajador de una madre afligida, llego esta mañana y me instalo en la casa de Rafael. El señorito duerme. Replico:—¿Ha trasnochado?—Vuelvo á insistir, y ponen un punto final á mis súplicas, dándome con las puertas en las narices. Veamos á la Marquesa, me dije.—La señorita duerme.—Vuelvo más tarde.—Sigue lo mismo, me dicen. ¡Oh Madrid, Madrid! El sol debe estar muy resentido contigo, pues no te levantas á admirar sus poéticos celajes. Pero, en fin, respetemos la máxima de Aristóteles, cuando dice: «La costumbre es otra naturaleza».

ESCENA VIII.

D. Deogracias, la Marquesa, el Criado cruzando la escena.

Marq. ¡Caballero! (Aparte.) Yo conozco este hombre.

Deog. No sé si tendré el honor de que usted recuerde... Deogracias Martínez, maestro de escuela, organista y autor de una obra inédita contra el bello sexo.

Marq. ¡Ah! Sí. Recuerdo perfectamente, y aun creo que soy suscritora. ¿Viene usted á traerme los ejemplares?

Deog. No se ha impreso todavía la obra.

Marq. Entónces...

Deog. Voy á explicarme.

Marq. Pero tome usted asiento, amigo mio.

Deog. (Sentándose.) Gracias, señora. Continúo. Yo he visto crecer á Rafael sobre mis rodillas.

Marq. Sea en hora buena.

Deog. Cuando le destetaron, su cuna se colocó en mi cuarto, y muchas veces le dí papillas.

Marq. ¡Oh! ¡Qué bondad!

Deog. Yo fuí el primero que durante los meses de la denticion observé la superficie de la encía rasgada por el diente incisivo, y participé la grata nueva á sus padres, los cuales me regalaron este paraguas.

MARQ. Gloriosa antigüedad.

DEOG. A los veinte y cuatro meses le enseñaba las fábulas de Esopo traducidas por mí.

MARQ. Admiro ese rasgo de paciencia y de erudicion.

DEOG. A los tres años cantaba canciones patrióticas; á los cinco leia de corrido el *Simon de Mantua;* á los seis hubiera podido cruzar toda España con los ojos vendados desde el cabo Tenerife hasta los Pirineos, desde el estrecho de Gibraltar al golfo de Vizcaya; á los ocho declinaba el *quis* vel *qui;* á los trece sabia tanto como yo, y á los quince se fué á estudiar filosofía á Zaragoza, dejándome en el pueblo orgulloso y satisfecho de mi obra.

MARQ. Honra da al preceptor el discípulo aventajado.

DEOG. Vamos al caso.

MARQ. (Aparte.) Ya era hora.

DEOG. Como usted puede comprender, yo soy un segundo padre de Rafael. El padre intelectual, el hombre que ha derramado en su cerebro la primera chispa de luz. Porque la inteligencia de la criatura es un campo que necesita cultivarse para que dé á su tiempo sazonados frutos. ¿Comprende usted?

MARQ. Sí, sí, comprendo.

DEOG. Yo soy soltero. Las fúnebres impresiones del amor nunca han conmovido mi alma, porque siempre he dicho con Sócrates que «Es más temible el afecto de la mujer, que el odio del hombre».

MARQ. Gracias, caballero.

DEOG. No hay para qué darlas, pues no trato de ofender á usted en lo más mínimo; pero Petronio, el poeta favorito de Neron, ha dicho que «Las mujeres son como los milanos: hacerles bien es trabajo perdido».

MARQ. Usted y esos señores nos adulan. No merecemos tanto.

DEOG. Pero ¡ay, señora! Reconozco como Salomon el poder irresistible de unos ojos negros y expresivos como los de usted, y digo con San Juan Crisóstomo: «La mujer es un enemigo de la amistad, una pena lamentable, un mal necesario, una tentacion natural, una calamidad deseable, y un peligro doméstico».

MARQ. ¡Já! ¡Já! ¡Já! Señor don Deogracias, es usted el hom-

bre más gracioso que conozco. ¡Ja! ¡Ja! Su franqueza de usted me encanta, me deleita. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Desde ahora le aseguro una brillante acogida á ese libro, si en sus páginas se encierran rasgos tan halagüeños para el bello sexo como los que acaba de recitarme en este momento. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DEOG. Señora, me parece que se está usted riendo de mí...

MARQ. ¡Con toda el alma, amigo mio, con toda el alma!

DEOG. Puesto que la he hecho gracia, continuaré. Mi discípulo Rafael no opina como yo, segun parece, de la mujer. La vió á usted en el pueblo, y el chico, vírgen en las pasiones, sintió un latido subversivo en el corazon, y se dijo: «Me gusta la Marquesa». Pasaron los dias entre suspiros y miradas recelosas; llegó el momento de la separacion, y el neófito, al verse solo, ¡paf! estalló como una bomba. Ya se ve, el chico ignoraba aquella máxima anónima que dice: «Si quereis ser felices, conservad á las mujeres ochocientas mil leguas de vosotros;» y en vez de alejarse de usted, se fué tras de usted. (La Marquesa se rie.) ¡Creo que se vuelve usted á reir de mí, señora!

MARQ. Es imposible hacer otra cosa. A no reirme me veria en el caso de ponerle á usted á la puerta de la calle; pero eso ni es propio de mi carácter, ni lo merece un caballero tan humorista y tan sabio como usted.

DEOG. Doy á usted las más expresivas gracias, y continúo.

MARQ. Le escucho á usted con el mayor placer.

DEOG. Se fué el chico del pueblo, y pasaron tres meses durante los cuales no se han secado las lágrimas en los ojos de su madre, ni ha asomado una sonrisa en los labios del padre. ¡Pero eso qué importa! El muchacho se divierte, y gasta y triunfa, y corre en pos de una ilusion que se llama mujer, hasta el dia que tropiece con una realidad conocida con el nombre de desengaño. Usted dirá con razon, con justicia:—¿Pero qué diantre le importa á este dómine que Rafael ria y sus padres lloren?—Pues ahí verá usted, señora: me importa, porque, como he tenido el honor de decir á la señora Marquesa, yo soy el padre

intelectual del muchacho, y me he dicho: —Deogracias, esto no puede durar: abandona tus ocupaciones por unos dias, vete á Madrid, y puesto que tienes una tarjeta de aquella señora, dile sin rodeos: (Poniéndose en pié y saludando.) Señora marquesa de Lorentini, ¿quiere usted hacerme el favor de no engatusar más al chico, y aconsejarle que se venga conmigo al pueblo?

MARQ. (Levantándose.) Y la Marquesa, señor don Deogracias, que ha tenido suficiente calma para oir sus impertinencias, le contesta que, á no respetar esas canas que cubren su cabeza, á no tenerle por un monomaniaco ridículo é inofensivo, hubiera hecho que sus criados le arrojaran por un balcon. (Vase puerta izquierda.)

ESCENA IX.

DON DEOGRACIAS, solo.

La mujer de Marco Antonio hizo cortar la cabeza á Ciceron, padre de la elocuencia. La marquesa de Lorentini de buena gana me hubiera cortado á mí la lengua con sus tijeras. Mi último párrafo parece que no ha hecho buen efecto. Creo que me ha cerrado las puertas de su casa. Sin embargo, lucharemos hasta que me lleve al chico, y si ella se empeña habrá escándalo. Por de pronto, y por si no nos volvemos á ver frente á frente, bueno será escribirle una epístola enérgica. Aquí veo todo lo necesario. Manos á la obra. (Se dirige á la mesa, y al sentarse ve la lista de los convidados.) ¡Hola! ¿Qué es esto? «Lista de las personas convidadas para el baile inaugural que debe celebrarse el veinte de Enero.» ¡Oh! ¡Feliz dia! Me convido yo á mí mismo incluyendo mi nombre entre los de estos señores, y en pleno baile tengo la segunda conferencia con la señora. (Coge la pluma.) ¿Pero y si ve mi nombre y le borra? ¡Eh! ¡Yo qué pierdo! (Escribe.) Así; imitemos la letra todo

lo posible. Afortunadamente lo único que tengo yo parecido á la mujer es la letra, porque cuando me conviene se amolda á todos los caractéres. (Leyendo.) Deogracias Martínez, calle del Gato, etc. Ahora aprovechemos el tiempo ganando algun criado por lo que pueda suceder. (Se dirige al foro á tiempo que entra Arturo. Este viste pantalon colan, bota de montar, una americana corta de color claro, y un chaleco de estambre encarnado con grandes bolsillos de esos que llevan los elegantes en el dia. D. Deogracias le mira, se sonrie y le saluda. Arturo hace lo mismo.)

ESCENA X.

D. Deogracias, Arturo.

Deog. Me gusta su cara: debe ser listo. ¡Digo si gastan aqui los criados! ¡Qué chaleco! ¡Qué botas! ¡Voy á abordarle! Nada pierdo.

Arturo. ¿Quién será este ente que me mira tanto?

Deog. (Confidencialmente.) Necesito de tí.

Arturo ¡Eh! (Con sorpresa.)

Deog. ¿Tú conoces á Rafael?

Arturo. ¡Rafael! (Dominando la alegría.)

Deog. Hombre, sí, Rafael, ese jóven que visita á la Marquesa.

Arturo. (Aparte.) ¡Ah! Veamos en qué para esto.

Deog. Yo vengo del pueblo con intencion de llevármelo; pero segun parece la Marquesa no está conforme en que... ¿estás?...

Arturo. (Hace un movimiento significativo.) Este hombre no tiene precio.

Deog. Toma un par de pesetas. Si me sirves bien, yo no soy desagradecido. (Arturo rechaza el ofrecimiento. D. Deogracias insta; por fin lo toma sonriéndose como si hubiera concebido una idea.)

Arturo. (Aparte.) Este imbécil me paga por decirme lo que yo pensaba comprar.

Deog. Yo he dicho cuatro verdades á la señora Marquesa,

porque la madre del chico está allá en el pueblo desconsolada.

ARTURO. ¡Pobre señora!

DEOG. Veo que te interesa mi asunto.

ARTURO. Crea usted, caballero, que me aflige el dolor de esa pobre madre.

DEOG. (Aparte.) (Tiene buen fondo.) Tú sabrás ciertas cosillas de la casa...

ARTURO. ¡Uf! ¡Calcule usted!...

DEOG. ¡Está claro! Si pudiéramos hallar algun medio para que Rafael se indignara y no volvierá más por aquí. (Arturo toma la actitud del hombre que busca en su imaginacion algo que no halla.)

ARTURO. Mi abuelo decia que los celos han hecho cometer grandes locuras á los hombres.

DEOG. Tu abuelo era un sabio. ¡Si la Marquesa tuviera un amante!

ARTURO. (Dándose una palmada en la frente.) Usted me ilumina.

DEOG. ¡Hay moros en la costa! ¡Hosana! ¡Aleluya!

ARTURO. Yo nada puedo asegurar; pero si usted me promete ser reservado, le diré que visita la casa cierto señorito que come la mayor parte de los dias con la señora, la acompaña á todas partes, y la trata con mucha confianza.

DEOG. Eureka, hubiera dicho Arquímedes; pero yo digo: Lo encontré. ¿Y cómo se llama ese caballero?

ARTURO. Arturo del Romeral, baron de la Palma.

DEOG. ¡Hola! ¡Hola! Del cielo nos ha llovido ese aromático pretendiente.

ARTURO. Si el protegido de usted sabe que... estamos... pedirá satisfaccion, y entónces...

DEOG. Habrá un rompimiento. Eres tan sabio como tu abuelo. Toma. (Le da dinero.)

ARTURO. Gracias, señor.

DEOG. Yo vendré á verte todas las tardes. Tú, miéntras tanto, espias á los tres para ponerme al corriente.

ARTURO. Bien, caballero; pero tengo una duda.

DEOG. ¿Cuál?

ARTURO. ¿Es muy rico don Rafael?

DEOG. Su padre posee en fincas más de trescientos mil duros.

ARTURO. ¡Malo!

DEOG. ¿Por qué dices malo?

ARTURO. Porque el hombre rico lucha con ventaja.

DEOG. ¡Bah! El chico tiene letra abierta, pero su padre está resentido con él por lo mucho que gasta, y si no vuelve al pueblo le retira el crédito.

ARTURO. (Aparte.) Me alegro de saberlo.

DEOG. ¡Con que mucho ojo! Y adios, no sea que infundamos sospechas; dime cómo te llamas para preguntar por tí en la portería.

ARTURO. Es muy justo; pero ántes me hará usted el favor de admitir... (Dándole dinero.)

DEOG. ¿Pero qué es esto?

ARTURO. ¡Nada! Una fineza que le hace á usted, por lo que acaba de revelarle, Arturo del Romeral, baron de la Palma. (Arturo toca en un timbre, y aparece un Criado al foro. D. Deogracias se queda mirándole con asombro. Se le cae el paraguas de las manos.) Ramon, recoge el paraguas de este caballero, y acompáñale hasta la puerta. Luégo dile á la señora que he llegado. (D. Deogracias sale aturdido por la puerta del foro, mirando al Baron. Este le saluda con la mano, riéndose. Queda á cargo de los actores.)

ESCENA XI.

ARTURO, solo.

¡Pobre viejo! Casi me arrepiento de haberle disparado mi nombre á boca de jarro. (El Criado cruza la escena y entra en el cuarto de la Marquesa.) Si una bomba hubiera caido á sus piés, creo que no le hubiera hecho tanto efecto. ¡Ah Luisa! Con que Rafaelito sigue con sus trece, y miéntras tu pobre primo asegura tu porvenir, tú olvidas sus sacrificios rindiendo culto á la coquetería. Vamos, será preciso reprenderla. Es una loquilla.

ESCENA XII.

ARTURO, LUISA, vestida de amazona.

MARQ. Arturo, ¿tú en Madrid sin escribirme?

ARTURO. Queria sorprenderte. Llegué anoche en el último tren; al momento me trasladé á casa de tu abogado. Ya sabes que no soy perezoso cuando se trata de tus asuntos.

MARQ. Lo sé, Arturo. Sin tu generosa proteccion tu pobre prima perderia la mayor parte de su fortuna con ese pleito que se empeñan en mantenerle los parientes de su esposo.

ARTURO. Pues, como te decia, fuí á ver á tu abogado; pero éste, que tiene un hijo en el colegio de Villaviciosa, habia ido á pasar con él algunos dias. No me gusta perder el tiempo, y á las tres de la madrugada salia montado por la calle de Segovia en busca de nuestro hombre. He tenido una conferencia con él; le he entregado los papeles, y vengo, como ves, sucio y cubierto de polvo á anunciarte en su nombre que has ganado el pleito.

MARQ. ¿De veras?

ARTURO. Te responde con su cabeza. Estas son sus palabras. No debes estar descontenta de mi actividad.

MARQ. ¡Oh! No, Arturo. Al contrario, estoy sumamente agradecida. Hace tres meses que mis asuntos no te dejan una hora libre.

ARTURO. El condenado pleito me ha hecho trabajar mucho. Aun creo que me ha hecho madrugador; porque, hija mia, en provincias es preciso madrugar. Aquello es otra vida, y sobre todo en Barcelona, donde todo el mundo trabaja. Pero afortunadamente ya estoy en Madrid, y, lo que es más, á tu lado.

MARQ. Mayor es mi agradecimiento al ver que por mí has violentado tus costumbres.

ARTURO. Si vieras qué malos ratos he pasado por esos caminos. Fondas imposibles, en donde lo envenenan á uno por su dinero y con la mayor buena fe del mundo. Prójimos que fuman un puro tras de otro para matar el ocio, y no permiten se bajen los cristales del coche para no resfriarse. Cambios de tren donde el infortunado viajero camina por los rails con agua á las rodillas, sin más luz que la de las estrellas, expuestos á coger un dolor reumático que le obligue á llevar zapatos de paño por el resto de sus dias. Diligencias infernales donde es preciso entrar hecho un gancho y numerarse los huesos; en fin, Luisa, mi sueño eterno durante el viaje han sido mis butacas, mi chimenea, mi tocador y mi querida prima.

MARQ. Siempre el mismo.

ARTURO. Qué quieres, hija, soy estremadamente delicado. Prefiero batirme con un hombre, á recibir *tête* á *tête* el pestífero humo de una tagarnina. Me causa ménos aprension la punta de un florete, que el semblante risueño de un fondista de la Mancha. A propósito de la Mancha, ¿sigue visitándote el aragonés?

MARQ. Sí, esta mañana estuvo á verme.

ARTURO. ¿Quién es ese provinciano? Algun tipo empalagoso que le verás en todas partes lanzándote miradas tiernas... ¡Pobre prima mia, te compadezco! Veo que es una desgracia ser jóven, rica y bonita. Pero no te desazones. Ya sabes que sé espantar á las moscas importunas que zumban en torno de tus oidos.

MARQ. ¡Oh! Rafael no pertenece á esa turba de amadores de oficio que corren detras del coche de una mujer rica... Es un jóven ingenuo y modesto, un amigo verdadero.

ARTURO. Tanto mejor. Ya me presentarás. ¡Pero calla! No habia reparado en tu traje. ¿Sales á paseo?

MARQ. Eso pensaba.

ARTURO. ¿Quién va contigo?

MARQ. El tio.

ARTURO. ¿El tio solo? Me parece desairada una amazona cuando no veo en torno de su caballo cuatro ó seis ginetes...

MARQ. Nunca faltan amigos en el paseo.

ARTURO. Es verdad.

MARQ. Nuestro amigo Rafael suele acompañarnos algunas tardes.

ARTURO. ¿Has inaugurado los bailes?

MARQ. El dia veinte. Aquí tienes la lista.

ARTURO. En esta lista veo un olvido criminal.

MARQ. ¿Tu nombre?

ARTURO. El de tu amigo Rafael... ¿Cómo? (Cogiendo una pluma.)

MARQ. Mendoza. Pero ¿qué haces? (Arturo escribe en la lista.)

ARTURO. ¡Aturdida! Si yo no me interesara por tus amigos... He escrito el nombre de ese muchacho para que se le mande papeleta. Sería una ingratitud no convidarle al primer baile.

MARQ. ¿Pero no sabes que á las personas de confianza les invito con un autógrafo mio?

ARTURO. Una papeleta litografiada es más bonita: tiene la letra más igual: dá más carácter al convidado, y luégo los chicos de provincias las enseñan á los amigos: algunos de ellos no acuden al baile por sólo el placer de remitirla á su pueblo (Arturo se pasea, va al balcon, y mira hácia el cielo.) para que vean con la gente que se tratan. ¡Calla! Se está nublando.

MARQ. Pero si hace una tarde hermosa.

ARTURO. ¡Oh! No, no. Va á llover. ¿Ves aquella nube?

MARQ. Sí, una nube blanca del tamaño de un pañuelo.

ARTURO. Pues créeme, trae agua.

MARQ. Arturo, he ofrecido salir...

ARTURO. Una jóven bonita como tú puede impunemente faltar á su palabra.

MARQ. Pero advierte...

ARTURO. Eres una aturdida, pero una aturdida encantadora. Bonita te pondrias si descargara la nube. Evitemos el peligro. (Toca un timbre: sale un Criado.) Ramon, la señorita ya no sale esta tarde.

MARQ. Arturo, sé franco y confiesa que ese jóven te molesta, te da celos.

ARTURO. Para eso sería preciso que yo desconfiase de tí, ó que tú me conocieras ménos, y nosotros no podemos hacernos esa ofensa.

MARQ. Entónces ¿á qué viene esa prohibicion revestida de una forma tan galante?

ARTURO. No soy yo, hija mia: es la nube, la nube que me asusta.

MARQ. Está bien: no saldré puesto que no quieres. (Sale un Criado.)

CRIADO. El señor don Rafael Mendoza.

ARTURO. Querida prima, aprovecha esta ocasion para presentarme.

MARQ. No, Arturo, no, discúlpame con ese jóven. (Vase por la puerta izquierda.)

ARTURO. ¡Bah! Afortunadamente he llegado á tiempo. (Al Criado.) Dile que pase.

ESCENA XIII.

ARTURO, RAFAEL.

ARTURO. (Aparte.) Veamos qué clase de hombre es mi rival.

RAFAEL. (Al Criado.) Diga usted á la señorita que estoy á sus órdenes.

ARTURO. Caballero, mi amable prima la marquesa de Lorentini me ha encargado la honrosa comision de suplicarle á usted la dispense, pues esta tarde no puede salir, como le tenia ofrecido.

RAFAEL. ¿Y á quién tengo el honor...

ARTURO. Arturo del Romeral.

RAFAEL. ¡Ah! Usted...

ARTURO. (Aparte.) Mi nombre le ha hecho efecto. ¡Pobre muchacho!

RAFAEL. Caballero, yo no esperaba tener la honra de encontrar á usted aquí. (Aparte.) ¿Qué es esto que siento?... ¿Por qué me arden las mejillas? ¿Por qué se oscurece la luz de mis ojos?

ARTURO. El honor es mio, y puede usted contarme desde ahora en el número de sus amigos íntimos.

RAFAEL. (No sé qué decirle: mi lengua se anuda á la garganta.)

ARTURO. Participo á usted, amigo mio, que la Marquesa espera verle á usted en el próximo baile, para el cual está invitado. Yo, por mi parte, le doy las más expresivas gracias por el interes que se ha tomado durante mi ausencia en los asuntos de mi prima Luisa. (Al Criado.) Ramon, entrega esta lista al escribiente, y dile que extienda las papeletas de convite. Ahora, si usted me permite, iré á decirle á mi prima que la dispensa el que le haya robado el placer de acompañarla esta tarde.

RAFAEL. Está bien, caballero.

ARTURO. (Entrando en el gabinete de Luisa.) ¡Pobre chico! No debia haber abandonado el pueblo.

ESCENA XIV.

RAFAEL, solo; luégo D. DEOGRACIAS.

RAFAEL. ¡Ah! ¡Soy un imbécil! La lengua se ha anudado en mi garganta sin encontrar una frase enérgica. Ese hombre se ha reido de mí: y ella, ella, ¡oh! me he puesto en ridículo. (Se apoya en una butaca. D. Deogracias aparece en fondo.)

DEOG. Cuando les digo á ustedes que le he visto entrar. ¡Allí está! ¡Rafael! ¡Rafaelito!... ¡Hijo mio, ven á mis brazos!...

RAFAEL. (Le abraza.) ¡Ah! ¿Es usted?

DEOG. Sí: tres veces he estado en tu casa á buscarte, y viendo que me era imposible tropezar contigo, me he puesto de acecho en el cafetin de enfrente, te he visto entrar aquí, y me he dicho:—¡Ahora no se me escapará!—¿Pero qué tienes? ¿Estás malo?

RAFAEL. ¡Soy muy desgraciado!

DEOG. Me alegro. Así nos iremos hoy mismo al pueblo.

RAFAEL. Ahora ménos que nunca. Mi amor propio me lo prohibe.

DEOG. Tu madre llora, y no es feliz. El hijo debe sacrificarlo todo por su madre. ¡Qué vale tu amor propio compa-

rado con el eterno desconsuelo de aquella que te dió el sér!

RAFAEL. ¡Pobre madre mia!

DEOG. Mira, Rafaelito, no hay que afligirse. ¡Qué diantre! Todas las mujeres del mundo no valen la milésima parte de un cañamon. Con que decídete. Un esfuerzo, y sacude esa especie de cantárida que te ha caido encima. Recuerda á Tertuliano, que nos ha dicho: «La furia del diablo no es tan temible como la de la mujer: porque el diablo está solo, y la mujer tiene la ayuda del espíritu maligno». Ademas, tu padre está muy irritado, mucho, y si no vuelves al pueblo te va á sitiar por hambre.

ESCENA XV.

DICHOS, ANIBAL.

ANIBAL. ¡Rafael!

DEOG. ¡Este aquí! ¡Malo! ¡Malo!

RAFAEL. He visto á Arturo.

ANIBAL. Y yo he oido una conversacion.

RAFAEL. ¿Quién es ese hombre?

ANIBAL. El amante de la Marquesa.

RAFAEL. ¡Ah! ¡Esa mujer me engañaba!

ANIBAL. No alces la voz, y vámonos.

RAFAEL. ¿A dónde?

ANIBAL. (Cogiéndole del brazo.) A comprar los floretes. (Desapareciendo precipitadamente por el foro. D. Deogracias se queda mirándolos.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. DEOGRACIAS, solo.

¡Pero muchacho! Nada, se marcha. No me oye, desatiende mis súplicas, las de su madre. ¡Oh! Aquí debe haber sucedido algo que es preciso que yo sepa. La

Marquesa me ha despedido; el Baron se ha burlado de mí, es verdad, pero no importa: á Jesucristo le escupieron en el rostro y continuó impávido su glorioso camino para llorar sobre el Gólgota por sus verdugos. (Toca el timbre.) Ahora me oirán mal que les pese. Estoy resuelto á todo. Lo mismo me da salir por la puerta que por el balcon. (Un Criado aparece en la puerta del foro.) Tenga usted la bondad de decirle á la señora marquesa de Lorentini y al señor baron de la Palma, que un anciano que cuenta cincuenta años de hombre de bien les espera en esta sala. (El Criado cruza la escena y entra en la puerta de la izquierda. D. Deogracias se sienta en una butaca que colocará frente á frente del gabinete de Luisa; deja el sombrero en el suelo á su lado, el paraguas colocado entre las piernas, y las manos apoyadas en el puño.) Esta habitacion puede ser para mí lo que fué para los mártires del Cristianismo el circo romano. Ea, valor: por allí debe salir la fiera... esperémosla con el corazon tranquilo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de descanso. El foro iluminado. En los primeros términos puertas y grandes colgaduras, espejos, etc., etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

D. DEOGRACIAS, de frac, con el paraguas debajo del brazo, entra por el foro. UN LACAYO le sigue. UNA JÓVEN elegante se halla delante de un espejo componiéndose el peinado. Su MADRE le ayuda.

SEÑORA. El vals descompone el peinado de las jóvenes de un modo horrible.

JOVEN. Mamá, procura que no se menee la guirnalda.

SEÑORA. Pero hija, si cuando bailas parece tu cabeza una devanadera.

JOVEN. ¡Jesus, qué torpe! No tienes habilidad para nada. (El Lacayo saluda á D. Deogracias, y éste hace lo mismo.)

DEOG. (Este hombre tiene algo de pájaro americano.) (Sigue andando.)

LACAYO. Caballero... (Siguiéndole.) Caballero... (Tocándole suavemente en el hombro.)

DEOG. ¡Ah! ¿Es á mí?

LACAYO. Usted me dispensará... pero...

DEOG. Pero... ¿qué?...

LACAYO. Digo que el paraguas...

DEOG. Es de seda.

LACAYO. Sí, ya lo sé; pero no es costumbre entrar en el salon con ese artefacto debajo del brazo... ¡es tan incómodo!...

DEOG. Señor mio, la incomodidad será para mí en tal caso.

LACAYO. Sin embargo... el señor me permitirá que le diga, que en la puerta está el guardaropa.

DEOG. Me alegro infinito.

LACAYO. Donde todos los convidados dejan los abrigos...

DEOG. (Pues me ha caido que hacer con este hombre.)

LACAYO. Y como no hay goteras en la casa, está prohibido entrar en los salones con paraguas.

DEOG. ¡Acabáramos!... Tome usted, pero que no se extravíe.

LACAYO. ¡Qué señor tan raro! (Vase.)

DEOG. ¿Si estaremos aquí en el puerto de Arrebata-capas?...

JOVEN. Mamá, ¿quién es ese hombre?

SEÑORA. Será un inglés. (Mirándole con los lentes. D. Deogracias se inclina para saludarla. La niña se rie.)

JOVEN. ¡Qué facha tan ridícula!... Yo no sé cómo esa ruina se atreve á venir al baile.

DEOG. (Creo que la niña se está riendo de mí.) (La niña continúa riéndose. D. Deogracias se acerca á la madre y le dice saludándola:) ¿Es de V. esa jóven?

SEÑORA. Es mi hija, caballero.

DEOG. Pues permítame usted que le diga que le falta una cosa.

SEÑORA. Señor mio, ¿y podré saber que le falta á mi hija?

DEOG. ¿Y por qué no?... Lo que le falta es educacion.

SEÑORA. Usted es un insolente; mi hija ha recibido una educacion que me enorgullece; se ha educado en Paris.

DEOG. En ese caso... me he equivocado... será tonta... porque, como ha dicho Ciceron, la risa muchas veces es expresion de la ignorancia.

SEÑORA. Usted es un insolente.

DEOG. Y usted una loca.

SEÑORA. Este hombre se ha propuesto sofocarme...

JOVEN. Mamá, no te enfades... Ese señor es muy divertido.

SEÑORA. Vámonos, hija mia... pues de continuar aquí me va á dar algo.

DEOG. Me alegraré que no sea nada, señora. (Se oye la orquesta que toca un vals.)

ESCENA II.

D. DEOGRACIAS, solo.

Creo que voy á causar un gran efecto á la señora Marquesa... y puesto que me arrojó de su casa sin dar oidos á mis palabras, nada de consideraciones... Parece que eso que tocan es un vals... Tentado estoy de ir á sacar á la amable vieja que he tenido el honor de disgustar. (Mirando hácia el foro.) ¡Hola!... Se dirige una parejita hácia aquí... y parece que vienen muy metidos en harina... ¡Calla!... Pues si son ellos... Yo no quisiera que me vieran hasta el momento crítico. (Mira en derredor suyo, y se fija en las grandes colgaduras del balcon.) Aquí me refugio, y cuando esté la sala llena de gente, caigo como una bomba y *hic fuit Troya.*

ESCENA III.

D. DEOGRACIAS, oculto detras de las colgaduras del balcon; LUISA y ARTURO entran por el foro y van á sentarse en un confidente cerca del balcon.

ARTURO. Ya sabes mi resolucion... esta noche se publicará en el baile nuestro próximo matrimonio... no quiero esperar más.

DEOG. Sea en hora buena.

MARQ. Arturo, deseo dilatar nuestro casamiento.

ARTURO. Imposible, Luisa: lo he dicho en secreto á varios convidados para que ellos lo publiquen en voz alta: qué quieres, me cansa la vida azarosa del soltero, y ademas, para qué hemos de andar con rodeos... me fastidia ser pobre.

MARQ. Ya sabes que mi fortuna es tuya.

ARTURO. Aborrezco los préstamos, pero codicio la propiedad; y por otra parte, si recuerdas todo lo que ha pasado entre nosotros, comprenderás que nadie tiene más derecho que yo á tu mano.

MARQ. Si no temiera ofenderte, te propondria una venta.

ARTURO. ¿Una venta? Habla, tengo curiosidad de saber qué es lo que deseas comprar.

MARQ. Arturo, nosotros no podemos ser felices, porque no nos amamos.

ARTURO. Poco á poco, querida prima: yo te amo como siempre. (Luisa se sonrie.) ¿Lo dudas?

MARQ. Tú no amas á nadie.

ARTURO. Gracias por la galantería; pero volvamos á la venta.

MARQ. Pues bien, Arturo: véndeme el silencio del secreto que nos une, y pide por él lo que quieras.

ARTURO. Pido tu mano. (Se sonrie.)

MARQ. (¡Es un infame!... ¡Y he podido amar á este hombre!...)

DEOG. (Esto va picando en historia.)

ARTURO. Querida prima, eres una loquilla encantadora, á quien es preciso recordar de vez en cuando lo pasado. Hé aquí la razon por qué llevo siempre en mi cartera el talisman que desvanece tus escrúpulos. (Arturo saca una cartera. D. Deogracias figura escuchar con mucha atencion.)

MARQ. ¿Qué vas á hacer?

ARTURO. A leerte la carta sentimental que me escribiste el año pasado cuando tu difunto esposo, el ilustre marqués de Lorentini, se encontraba lleno de vida paseando por los perfumados jardines de Italia. (Arturo saca la carta con calma, y se dispone á leerla.)

MARQ. No, no quiero oirla...

ARTURO. Es preciso, para que tu decaido espíritu se fortalezca. (Luisa se queda abismada. Arturo lee en voz baja.) «Arturo mio: esta vida es insoportable. Líbrame del hombre que más abomino en el mundo, si no quieres que la desesperacion...»

DEOG. No hay víctima sin verdugo.

MARQ. ¡Basta!... ¡Basta!...

ARTURO. Yo, que te amaba entónces como te amo ahora... partí para Italia, y la casualidad hizo que una tarde tu esposo y yo nos entretuviésemos algo más de lo re-

gular recorriendo la via Appia, y que fuésemos sorprendidos por unos bandidos, lo cual causó la muerte á tu noble esposo, junto al sepulcro de Scipion... ¡Qué quieres! El mundo es un tejido de casualidades. Despues te pusiste el doloroso traje de las viudas, y me dijiste: «Terminado el luto seré tuya». ¡Oh! ¿Crees que yo he de estarme toda la vida espantando los pájaros que te molestan para que ese señorito aragonés venga con sus manos lavadas y?... Error grave, querida prima, error grave... estoy resuelto á todo. (Luisa se enjuga una lágrima.) Antes de quince dias tendré el gusto de llevarte al altar; despues viajaremos, y tú te tranquilizarás... el cambio de países disipa las nubes de la mente... (Arturo se levanta.)

MARQ. Sí, sí, partiremos... partiremos... pero muy léjos... (Seria capaz de matarle.)

ARTURO. ¡Lloras!... Haces bien... el llanto desahoga el corazon, y es patrimonio de las almas generosas... Yo tengo la desgracia de no llorar nunca...

MARQ. (¡Infame!...)

DEOG. Escuchando á este Epicuro moderno, comprendo á Neron.

ARTURO. Miéntras te tranquilizas... voy á dar una vuelta por el salon... porque extrañarán nuestra ausencia... Procura enjugarte bien los ojos: no conviene que nadie sepa... (¡Oh!... No se me escapará la presa.) (Vase por el foro. Luisa permanece sentada.)

ESCENA IV.

D. DEOGRACIAS, LUISA.

MARQ. Es preciso: partiré de Madrid... todo ménos el escándalo. (Se queda pensativa: D. Deogracias sale de su escondite, se estira el chaleco, se arregla el corbatin, y dice:)

DEOG. Remachemos el clavo... estoy admirado del efecto que voy á producir. (Se coloca delante de Luisa, y la saluda con respeto.) A los piés de la señora Marquesa.

MARQ. (Levantándose sobresaltada.) ¡Usted!... Usted otra vez.

DEOG. *¡Ego sum!*

MARQ. (Violentándose para disimular el asombro que le causa el dómine.) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ignoraba que hubiese escotillones en mi casa... como en las comedias de magia.

DEOG. Comienzo por decir, que si me hallo en estos salones, es porque la señora Marquesa me ha convidado.

MARQ. ¡Yo he convidado á usted! Ignoraba que hubiese tenido ese honor.

DEOG. El honor es mio, señora; pero usted puede convencerse de la verdad repasando las papeletas... ¡Oh! En mi vida he visto mi nombre más elegantemente escrito... Deogracias Martínez; como que casi he llegado á enamorarme de mí mismo.

MARQ. Es extraño, porque yo creia que usted no amaba á nadie.

DEOG. Distingo: á quien no amo es á la mujer; porque es un manjar que parece de dioses, y está condimentado por el diablo... Puede usted reirse todo cuanto guste... tiempo le queda para llorar.

MARQ. ¡Oh! Por Dios... me da usted miedo. (Luisa se rie.)

DEOG. Lo siento: porque si ahora tiene usted miedo, ántes de mucho tendrá usted un pánico, un terror superlativo.

MARQ. ¿Se ha propuesto usted matarme de un susto? ¿Qué males me amenazan?

DEOG. Referir sencillamente á los convidados en voz alta, una anécdota muy entretenida.

MARQ. ¿Escrita por usted?... Entónces pobres mujeres... ¿y qué es ello?...

DEOG. Una aventurilla de la vida privada de cierta Marquesa y cierto Baron muy conocidos en la corte. (Luisa deja de sonreirse, y mira con verdadero asombro al dómine. Este la saluda con socarronería.) Leo el interes en los ojos de la señora Marquesa, y eso que apénas le he enseñado la portada de mi obra.

MARQ. ¡Oh! No puede usted pensar con qué impaciencia espero la relacion de esa aventura.

DEOG. Nada más fácil.

MARQ. Escucho á usted con el mayor interes.

DEOG. Pues va de cuento. Figúrese usted que una jóven bonita, casi tan bonita como usted, (Luisa saluda y procura sonreirse.) se casó con un Marqués tan viejo y tan feo como yo. (Luisa se sonrie.) El viejo, como era natural, comenzó á ser una carga insoportable para la elegante jóven... la cual, para olvidar las impertinencias del caduco esposo, que amenazaban enflaquecerla como á la vaca de la Escritura... (Luisa se inclina.) el animal es muy célebre, y no ofende en manera alguna á la señora Marquesa la comparacion...

MARQ. Adelante, adelante... cuenta usted las cosas con una valentía tal...

DEOG. No me precio de ser un narrador tan brillante como el célebre novelista Manuel Fernandez y Gonzalez; pero confio que, á pesar del desaliño de mi prosa, interesará á la señora Marquesa mi anécdota... Pues bien: como decia, la encantadora jóven, por no quedarse tan flaca como la vaca de la Escritura, buscó un Adónis, con el objeto de poetizar la monotonía de su existencia. No contenta con poseer un pasatiempo agradable, convino con su Adónis ó Baron la manera de romper los lazos del matrimonio; pero para esto era preciso cometer un crímen, y la hermosa Marquesa se acordó de que el Código señala al homicidio la pena aflictiva de garrote vil, ó cuando ménos cadena perpétua.

MARQ. Usted me permitirá que le diga, que ese cuento me parece de muy mal gusto.

DEOG. Por Dios, señora Marquesa, le suplico á usted que tenga un poquito de paciencia. Pues, como iba diciendo, el Adónis y el viejo se encontraron en Roma en un sitio llamado la via Appia. ¿No ha visto usted la via Appia? Cuando el imperio, era un sitio delicioso, donde se reunian los perfumados cortesanos de Octaviano Augusto. ¡Oh! ¡Cuántas veces el triste Ovidio recitaba su *Arte amandi* á los voluptuosos patricios, sentado sobre las gradas de mármol del sepulcro del ilustre censor Claudio Apio Scipion. Pues, como iba diciendo, el afortunado Adónis y el inocente viejo paseaban una tarde por las cercanías

del glorioso sepulcro, cuando la casualidad les deparó unos bandidos, y...

MARQ. (Levantándose.) ¡Basta! ¡Basta! (¡Oh! Este hombre puede perderme.)

DEOG. Si la señora Marquesa me prohibe que hable, no hablaré; pero en ese caso voy á pedirle un favor.

MARQ. Acabemos. ¿Qué es lo que usted quiere?...

DEOG. Me intereso vivamente por el noble baron de la Palma, y tendria un singular placer en que los sagrados lazos del matrimonio le unieran á la ilustre marquesa de Lorentini. ¡Oh! Formarian ustedes una pareja deliciosa... sobre todo viviendo durante la luna de miel bajo el poético cielo de Italia ó Suiza... léjos, muy léjos de la prosáica España. Si la señora Marquesa me complace, el pozo Ayron será un hablador sempiterno comparado conmigo; pero si permanece soltera, si continúa, como hasta aquí, robando á una madre afligida el cariño del hijo, entónces siete barberos, en víspera de Navidad, hablarán ménos que yo. He dicho. Ahora la señora Marquesa puede aceptar de los dos caminos que le propongo el que más le acomode, y con su permiso voy á dar una vueltecita por el salon. (Si no le da unas calabazas como un templo, me veré en el caso de formar una mala opinion de esta señora.) (Luisa se ha sentado pensativa en un sofá. D. Deogracias se dirige hácia el foro derecha, á cuyo tiempo sale Rafael por el foro izquierda sin reparar en el dómine. Ve á Luisa, y se dirige hácia ella.)

MARQ. (Es preciso matar sus esperanzas... El escándalo me da miedo...)

DEOG. (¡Hola! ¡Hola! Es Rafaelito; llega como pedrada en ojo de boticario.) (D. Deogracias se tapa la cara con el pañuelo, y desaparece por el foro.)

ESCENA V.

LUISA, RAFAEL.

RAFAEL. Luisa, ¿es cierto lo que se dice en los salones? ¿Es verdad que usted será en breve la esposa del baron de la Palma?...

MARQ. (Despues de un momento de vacilacion.) Sí, es verdad, Rafael.

RAFAEL. (Conteniéndose.) ¡Ah, con que no me han engañado!... Señora, matar la felicidad, la esperanza más bella de un hombre, es siempre un crímen, aunque no lo castiguen las leyes.

MARQ. Rafael, conozco que merezco esa reconvencion; pero soy más desgraciada que culpable, y le ruego perdone todo el mal que he podido causarle.

RAFAEL. (Con marcada ironía.) Mi buena fe, mi credulidad, mi inexperiencia son verdaderamente inexplicables... Por todas partes escuchaba: «Luisa se casa con Arturo». Pero yo me decia: Luisa no puede ser tan cruel. ¿Cómo es posible que se goce en destrozar mi corazon? ¿Cómo puede causar daño aquel que no lo recibe? ¿Cómo puede matar aquella á quien se le ha dado la vida? ¿No es cierto, señora, que he sido un imbécil? Pero no importa: yo mataré á ese hombre que se ha colocado en medio de mi camino, á ese ladron de mi felicidad.

MARQ. Rafael, guárdese usted de colocarse delante de ese hombre... Evíteme al ménos un remordimiento.

RAFAEL. ¿Es por mí, ó por el Baron, por lo que teme usted que se verifique la entrevista?

MARQ. No quiero ser la causadora de una desgracia.

RAFAEL. Hé aquí una respuesta pronunciada con el deseo de no ofender á nadie, y que sin embargo ofende á los dos.

MARQ. Mi deber es evitar el escándalo.

RAFAEL. ¡Evitar el escándalo! Esto es muy noble, señora; pero elegir la víctima, y decirle: «Muere sin desplegar los labios,» eso es incomprensible.

MARQ. Rafael, yo le suplico en nombre de su madre, que me olvide, que me desprecie.

RAFAEL. ¡Tanto le ama usted, señora!

MARQ. Sí... le amo... desprécieme usted, pero no me dirija ni una reconvencion; estas lágrimas que queman mis ojos y que no se secarán nunca en mi córazon, serán las encargadas de vengar todo el daño que pueda haberle causado.

RAFAEL. Luisa, usted no ama á Arturo... Rompa de una vez las cadenas que le unen á ese hombre.

MARQ. No puedo... seré su esposa.

RAFAEL. (Despues de una pausa.) Está bien: sea usted feliz, guarde en buen hora su secreto, y rompa estos recuerdos de una época que nunca podré borrar de mi memoria ni de mi corazon. (Rafael entrega una pequeña cartera á Luisa, que ésta guarda con precipitacion. En este momento aparecen en el foro Arturo, Aníbal, Luis y Alejandro.)

ESCENA VI.

LUISA; RAFAEL junto al proscenio; ANIBAL, ARTURO, LUIS y ALEJANDRO, en el foro.

ANIBAL. Sin faltar á las leyes de la etiqueta, creo que en este salon se puede fumar.

ARTURO. Sí, pero veo allí á mi noble prima, y voy á decirle que los convidados desean oir su agradable voz. (Arturo baja al proscenio, y saluda con refinada amabilidad á Luisa y á Rafael. Miéntras tanto en el foro continúan hablando en voz baja Aníbal, Luis y Alejandro.)

ARTURO. Querida prima, todo el mundo te echa de ménos en el salon: se dice que has ofrecido tocar una cantata de Beethowen; pero sin duda este jóven, poco acostumbrado á estas reuniones, se ha propuesto aturdirte los oidos y privarnos á todos de tu amable compañía.

RAFAEL. ¡Caballero!...

ARTURO. Por Dios, amigo mio, no tome usted esa entonacion melodramática: es de mal tono levantar la voz; aquí no nos hallamos en un lugarejo de Aragon. ¿No es verdad, Luisa?

RAFAEL. Señor Baron, habia oido decir que ciertos hombres, confiados en la destreza de su brazo y en la poca escrupulosidad de su conciencia, cobraban un tanto por ciento en las casas de juego; pero no podia creer que otros hombres, abusando de la debilidad de una se-

ñora, se convirtieran en especuladores del amor ¿Conoce usted á esos miserables, señor Baron?

ARTURO. Esa pregunta va á costarle á usted la vida.

MARQ. ¡Arturo!

RAFAEL. Estoy á las órdenes de usted.

ARTURO. Ni una palabra más.

ANIBAL. (Desde el foro.) ¿Qué ocurre? (Acercándose á Rafael.)

ARTURO. (Cogiendo la mano de Luisa y conduciéndola hácia el foro.) Soy con ustedes, amigos mios. (Aparte á Luisa.) Tú lo has querido; sea. (Arturo deja á Luisa en el foro, y vuelve á reunirse con los amigos que se hallan en el proscenio.)

ANIBAL. Pero podremos saber al fin...

ARTURO. Nada más sencillo. El señor don Rafael Mendoza acaba de proponerme un desafío.

ANIBAL. ¡Cómo!

ALEJ. ¡Qué!

ARTURO. No hay que asustarse: por ahora no corren peligro nuestras vidas: es un desafío de *ecarté*. Temí aceptar, porque competir con un jóven, cuyo padre cuenta con una fortuna nada ménos que de ocho millones, es casi una temeridad; pero sin embargo, aunque me arruine, aunque pierda hasta mis pergaminos, acepto, pues tengo la buena costumbre de no rehusar nada de cuanto se me propone. (Arturo se coge familiarmente del brazo de Rafael, y le dice en voz baja:) Amigo mio, es preciso cubrir las apariencias por respeto á la casa. Esta noche jugaremos al *ecarté;* mañana al florete ó á la pistola, como usted guste.

ANIBAL. Pues si es cosa de juego, no conteis conmigo: me lo tiene prohibido formalmente el respetable autor de mis dias.

RAFAEL. Vamos, vamos pronto, señor Baron.

ARTURO. Por aquí, amigo mio. (Entran por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

ANIBAL, ALEJANDRO y LUIS.

ANIBAL. ¿Creeis vosotros que el Baron nos ha dicho la verdad?

LUIS. Hombre, yo no he sospechado nada.

ANIBAL. Pues yo veo aquí dos cosas graves: la primera, que Arturo va á ganarle el dinero á Rafael; y la segunda, que acabarán por pegarse; pero en este caso se las tendrá que haber conmigo ese señorito, á quien tengo atragantado hace algun tiempo.

ALEJ. Dicen que es un gran espadachin.

ANIBAL. No hay espadachin que no encuentre tarde ó temprano la horma de su zapato. (En este momento se oye un vals en en el salon y cruzar algunas parejas por el foro. Aníbal, como distraido de la conversacion, sigue el compas con la cabeza.) ¡Oh, vals, vals, tú eres el rey de los bailes!

ALEJ. Pues, chico, á mí me gustan más los pastelillos del café Suizo.

ANIBAL. No seas sacrílego: valsar con una niña de quince Abriles, ojos de cielo, mejillas de rosa, labios de coral y cintura de avispa, es lo mismo que viajar por el aire abrazado á un ángel, recibiendo en el alma el perfume de las flores. Valsar con una morenita de veinte primaveras, de ojos negros, pelo de azabache y frescas mejillas, es lo mismo que cruzar el paraiso del profeta, abrazado á una hurí y respirando el tibio ambiente del amor. Valsar con una jamona de redondas formas, ojos rasgados, mirada provocativa y albo seno, es lo mismo que tomar un baño ruso. Valsar con una vieja apergaminada, de ojos blandos, labios caidos, mejillas revocadas con colorete y polvos de arroz, lazos en la cabeza y traje de arco íris, es lo mismo que recibir una paliza á traicion; porque, chicos, preciso es que os desengañeis: exceptuando el último ejemplo que os he puesto, valsar es tener un sueño de color de rosa, durante el cual se aprisiona á un ángel por la cintura; porque el vals, como el *simoun*, lo arrolla todo, como el sol lo embellece todo, como la música lo armoniza todo.

ALEJ. Maldito exagerado. ¿Dónde te dejas las habaneras, ese baile que la indolencia americana ha trasportado á nuestra península?

ANIBAL. Las habaneras son la languidez sacando fuerzas de flaqueza. Los que las bailan, sólo necesitan tres cosas: arrastrar los piés, menear los hombros y desma-

yarse el uno encima del otro. Prefiero el vals, porque es más hermoso, más poético, más arrebatador; porque representa, en fin, una cosa: juventud. Pero, hablando del vals me olvido de mi amigo Rafael, á quien indudablemente estará desplumando el Baron... Vuelvo al instante. (Aníbal entra en la habitacion de la derecha á tiempo que el dómine entra por el foro.)

ESCENA VIII.

ALEJANDRO, LUIS, D. DEOGRACIAS; poco despues la MARQUESA y SEÑORAS.

DEOG. Si las vueltas del vals duran un poco más, me caigo redondo. ¡Qué diversion tan poco higiénica!... Porque yo creo que para divertirse no es necesario volverse loco. (D. Deogracias se sienta junto al balcon.)

LUIS. (Mirando al dómine.) Alejandro, tenemos entre nosotros un caballero del siglo pasado.

ALEJ. Tiene la gravedad de los contemporáneos de Moratin.

LUIS. ¿Si será don Hermógenes? Porque entre el reluciente pecho del chaleco y el abarquillado cuello del frac, le sale así como un rollo de papeles.

DEOG. Si yo fuese un poco susceptible, creeria que aquellos caballeritos se están riendo de mí. (Entran algunas Señoras y Caballeros rodeando á Luisa. Todos se fijan en el dómine, y fingen comentar en voz baja la facha de D. Deogracias.)

SEÑORA. Sí, es el mismo que hace poco se atrevió á decirme que mi Ederlinda no tenia educacion.

MARQ. ¡Será posible, querida condesa! Pero dispénsele usted: es un pobre dómine de lugar.

LUIS. Vamos, un semi-salvaje.

ALEJO. ¿Quién sabe? O tal vez un sabio.

JOVEN. Será todo lo que ustedes quieran, ménos elegante.

SEÑORA. Es un mamarracho.

LUIS. ¿Han observado ustedes bien el cuello de la levita? Podria embarcarse una familia en él. (Se rien.)

DEOG. Pues señor, veo que el bello sexo hace coro al sexo feo para burlarse de mí, y en ese caso, y para que la

noble Marquesa comprenda que yo no soy de los que se aturden, creo que convendria que les leyera algunos párrafos de la obra que debe inmortalizar mi nombre. (D. Deogracias se levanta y se acerca al grupo saludando con mucha urbanidad.)

MARQ. (Me da miedo este hombre.)

DEOG. Señores mios, puesto que la casualidad los reune á ustedes en derredor mio como las moscas en derredor de la miel... (Todos se rien y rodean al dómine.)

MARQ. (Aparte al dómine.) ¿Qué va usted á hacer?

DEOG. (Aparte á Luisa.) No tema usted, señora: ya sé que le ha dado usted calabazas. (Alzando la voz.) Pues como iba diciendo, ya que la casualidad los reune á ustedes aquí, voy, con el permiso de la señora Marquesa, á aprovechar esta ocasion para leerles algunos párrafos de una obra inédita escrita en mis ratos de ocio. (D. Deogracias saca un cuaderno voluminoso del bolsillo del pecho, y se prepara á leer con imperturbable tranquilidad.)

ALEJ. ¡La Vírgen nos asista!

SEÑORA. Ese hombre lleva una fábrica de papel en el bolsillo.

LUIS. Lo dicho: es la segunda edicion de don Hermógenes.

JOVEN. Debe estar loco...

DEOG. Si ustedes no callan, me parece que será imposible que yo lea.

VOCES. ¡Silencio, silencio! (Todos rodean al dómine procurando contener la risa.)

MARQ. (Aparte.) ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible... ¡Qué va á decir este hombre!)

DEOG. (Abriendo el cuaderno, y despues de pasear una mirada desdeñosa en derredor suyo.) Amados oyentes. Mi obra es la narracion filósofica y analítica del daño que al hombre ha causado la mujer, desde aquella que se comió la primera manzana, hasta ustedes, señoras... y se titula: «La mujer, ó el camino de la perdicion».

LUIS. ¡Gran título!

ALEJ. ¡Sublime!

SEÑORA. ¡Que lea, que lea!

DEOG. Comienzo pues. (Lee.) «Prólogo á ellas. Aborrecidas

lectoras: este libro está escrito por un solteron que os odia, que os huye y os teme más que al dolor de muelas y al cólera morbo. Para vosotras y contra vosotras lo ha escrito, porque, como dijo muy bien Salomon, «La mujer es más amarga que la muerte». Los filósofos antiguos han hablado mucho de la mujer; los modernos hablarán mucho más: porque, ¿qué se puede esperar de un sexo que, como ha dicho Milton, lo da todo ménos la felicidad, y que, segun Henode, lo mejor de él no vale nada!»...

VOCES. ¡Bravo!... ¡Bravo!...

ALEJ. Esa obra eclipsará al *Quijote*.

SEÑORA. Y llevará al hospital á su autor.

DEOG. ¿Puedo continuar, señores?

TODOS. Sí... sí.

DEOG. (Lee.) «La mujer, segun nos ha dicho San Bernardo, tiene el diablo en el cuerpo: libraos, pues, de que os posea. Thulia, hija de la reina Tenechil, despedazó á su padre, y comió luégo de su carne, encontrándola un manjar digno de los dioses; lo que prueba que el sexo bello no es extraño á la antropofagia. ¡Guerra, pues, á las mujeres!... Vivid alerta, solterones que conservais la libertad; séres privilegiados á los que el nudo gordiano no obliga á doblar la cerviz. Recordad que las mujeres de Cartago enervaron el valor de los soldados de Aníbal. Que por Elena se despobló Grecia y se arruinó Troya. Que la primera que mintió en el mundo fué una mujer. Que Timur, el gran Tamberlan de Persia, abandonó su reino y su familia por seguir á la bailarina Samaracanda, inventora del baile la zarabanda. Que la Cava perdió á los godos por tomar un baño en el Tajo en un sitio inconveniente; y por último, no echeis en olvido nunca, amados solterones, que ellas, segun San Agustin, son el fomento del pecado; que ellas, segun Orígenes, son el instrumento del diablo; que ellas, segun San Juan Crisóstomo, son los enemigos de la amistad, los males necesarios, las tentaciones naturales, las calamidades deseables, los peligros domésticos, y...» (En este mo-

mento Rafael, que ha salido poco ántes con Arturo y Aníbal, se abre paso entre la multitud que rodea al dómine, le arrebata violentamente el cuaderno, y dice con acento conmovido:)

RAFAEL. ¡Basta! ¡Basta! Se está usted poniendo en ridículo. (Rafael arroja léjos de sí el manuscrito. El dómine, olvidándolo todo, pero aturdido, comienza á recoger las hojas de su cuaderno, demostrando la agitacion que le domina. Rafael le dirige una mirada compasiva. Todos rien y señalan á D. Deogracias como un objeto ridículo. Rafael, no pudiendo resistir por más tiempo las burlas dirigidas á su preceptor, alza la frente con energía y dice con altivez:) Señores, no es noble burlarse de un anciano.

ARTURO. Tal maestro, tal discípulo.

RAFAEL. (Como buscando á el que acaba de pronunciar esta frase.) ¡Ah! ¿Es usted, Baron, el que acaba de decir: «Tal maestro, tal discípulo?»

ARTURO. Es probable.

RAFAEL. ¡El que no respeta las canas, ni es honrado, ni caballero!

ARTURO. ¡Ah! ¿Oyen ustedes lo que me dice este franco hijo de la montaña? Verdaderamente es una desgracia para un partidario acérrimo de la buena forma, tropezar con un jóven educado en un pueblo, y que no conoce el valor de las palabras.

RAFAEL. ¡Señor Baron!...

ARTURO. Usted no puede ofenderme; porque figúrense ustedes, que sin quererlo he matado una dorada ilusion del alma de este jóven, y ademas he tenido la suerte de ganarle al *ecarté* una cantidad en billetes de banco y otra que ha jugado de boca, y es muy natural que el hombre que me debe un desengaño, y dinero ademas, busque un pretexto para insultarme, y si la suerte le es propicia vuelve á recuperar todo lo que ha perdido con una estocada. El plan está bien combinado; pero afortunadamente me conocen cuantos me rodean.

RAFAEL. ¡Ah! ¡Con que es decir que usted cree que yo busco un lance para evitar el pago de una cantidad que debo!

ARTURO. Eso lo comprende hasta el más negado.

RAFAEL. ¡Miserable!... (Cogiendo bruscamente por el brazo á Arturo. Algunos amigos le separan, y conducen á Arturo hasta una puer-

ta de la izquierda. Luisa, que pocos momentos ántes se ha dejado caer en una butaca, murmura en voz baja:)

MARQ. Ahora es indispensable abandonar la corte. (Algunas señoras la rodean hablando en voz baja.)

ALEJ. (Acercándose á Rafael.) Caballero, usted acaba de promover un escándalo en una casa que no es la suya... ya sabe usted lo que le toca. (Saluda y se dirige á donde está Luisa, con quien habla en voz baja.)

RAFAEL. (Bajando los ojos al suelo y como avergonzado.) ¡Ah! Se me despide, se me arroja de aquí.

DEOG. (Acercándose á Rafael con profundo sentimiento.) Sí, hijo mio, salgamos de esta casa... Tu madre te espera; bajo el honrado techo de tu hogar no existe la mentira. Allí solamente hallarás la felicidad, porque allí no tienen cabida las mujeres que mandan asesinar á sus esposos en países extranjeros.

RAFAEL. Señores, se me despide de esta casa: sin embargo, yo he sido el insultado. Aquel de ustedes que se atreva á decirle á Arturo del Romeral, en mi nombre, que es un miserable jugador de ventaja, que abusa de la debilidad de una mujer, le quedaré reconocido toda mi vida.

ANIBAL. ¡Oh!... Lo que es eso, descuida; yo no le debo nada, y se lo diré con todas las letras, añadiendo algo de mi cosecha; pero salgamos de esta casa. (Rafael y Aníbal se dirigen hácia el foro, despidiéndose al paso de algunos amigos. Animacion general como si todo el mundo comentara el escándalo que acaba de acontecer, dejando á la Marquesa sola.)

DEOG. (Acercándose á Luisa y con marcada intencion.) Si la señora Marquesa no abandona mañana la córte, pasado mañana, bajo la responsabilidad de un hombre honrado y la garantía de una carta, los periódicos publicarán los nombres de los asesinos del marqués de Lorentini, muerto en la via Appia, sobre las gradas del sepulcro de Scipcion. (Luisa se queda como desvanecida. El dómine cruza por en medio de la gente con desdeñosa altivez, etc., etc., etc.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion elegantemente amueblada, pero con visible desórden. En el centro se halla una mesa servida para el almuerzo. Al levantarse el telon un Criado se halla tumbado en una butaca fumando en una inmensa pipa, y saboreando con alguna frecuencia una copa de rom que tiene colocada en un velador que se halla junto á la butaca.

ESCENA PRIMERA.

EL CRIADO.

Dicen que á rio revuelto ganancia de pescadores, y puesto que esta casa se la debe llevar pronto el demonio, disfrutemos algo á buena cuenta... (Bebe.) Lástima que tenga fin esta ganga... cigarros... buenos licores... recibir la mayor parte de los dias la comida en dinero, y disfrutar muchas horas de libertad. En una casa donde el amo come de fonda, donde no se enciende por lo regular fuego, el servicio es una ganga. (Se oye un campanillazo en la puerta del foro.) Vamos, éste será alguno de los amigos íntimos del señorito: mártires de la amistad, que se han propuesto comerle hasta la última peseta. (Abre la puerta, y entra D. Deogracias con una maleta debajo del brazo, y cubierto de polvo como si viniera de viaje.)

ESCENA II.

DICHO, D. DEOGRACIAS.

CRIADO. ¡Calla! ¿Es usted, señor don Deogracias?

DEOG. Esa es la pregunta del español.

CRIADO. Vaya, y cuánto me alegro... al ménos disfrutará usted del último almuerzo.

DEOG. ¿Cómo del último almuerzo?

CRIADO. ¿Pues qué, no sabe usted que hoy nos desbandamos como una manada de carneros cuando entra el lobo en el redil?

DEOG. ¡Ah! Con que os desbandais... ¿y quién es el lobo que motiva la dispersion?

CRIADO. Quién ha de ser: el usurero que dejó al señorito Rafael aquella cantidad sobre el mobiliario de la casa.

DEOG. Mira, Ramon: tú eres un muchacho para el cual no hay secretos en la casa. De sobra sabes el interes que me tomo por el señorito Rafael... así es que deseo me enteres de todo lo ocurrido durante mi ausencia.

CRIADO. ¡Ah, señor don Deogracias! Esto va mal... muy mal.

DEOG. ¿Sí?... Pues me alegro de todo corazon.

CRIADO. Se alegra usted de que no tenga un cuarto... de que los acreedores no le dejen parar en casa...

DEOG. Pues ya lo creo... así me lo llevaré al pueblo.

CRIADO. Pero es que yo le he oido decir que como su padre le ha retirado los fondos y le ha escrito una carta diciéndole que no cuente con él para nada...

DEOG. Efectivamente, don Pedro ha prohibido allá en el pueblo que en su casa se pronuncie el nombre de Rafael; pero la órden de un padre queda anulada con la presencia del hijo.

CRIADO. Eso es lo que digo yo, los padres...

DEOG. Todos son de la misma manera; muchas veces se complacen en poner cara de perro de presa; pero menean la cola y se les conoce la alegría del corazon.

CRIADO. ¡Qué talento tiene usted, señor don Deogracias!

DEOG. Más que tú; pero no se trata ahora de mi talento: se trata de Rafael. ¿Está en casa?

CRIADO. No, señor.

DEOG. ¡Ah! Veamos, ha madrugado y salió á dar un paseo.

CRIADO. No, señor.

DEOG. ¿Cómo?

CRIADO. El señorito no ha dormido en casa.

DEOG. ¿Durmió fuera, eh?

CRIADO. Siempre.

DEOG. Me parece bien. ¿Eso quiere decir que Rafael juega?

CRIADO. Sí, pero ahora, como ya no le queda más que lo puesto...

DEOG. (Reconociendo la escena.) ¿Y dices que hoy se van á llevar todo esto?

CRIADO. Todo, hasta la alfombra.

DEOG. ¡Magnífico! ¡Magnífico! En cuanto se vea en la calle, lo meto en la diligencia y adios Madrid... Díme, esa mesa me indica...

CRIADO. Tenemos convidados. Es la despedida; pero allá veremos quién paga.

DEOG. (Paseándose por la escena y hablando consigo mismo.) Dice Séneca que «consuelo es en las grandes desgracias el que no sobrevengan otras mayores».—¡Bah, quién sabe si esto será una fortuna para Rafael!

CRIADO. (Estoy seguro que ahora cavila el vejete un pensamiento salvador. ¡Tiene mucho de aquí!) (Dándose una palmada en la frente.)

DEOG. Rafael es bueno... (Continuando sus paseos.) Tiene un corazon de oro, como vulgarmente se dice: es imposible por lo tanto que desoiga esta vez los ruegos de su madre... Bien es verdad que don Pedro está justamente indignado; pero no creo del todo difícil la reconciliacion... Los padres todos son lo mismo: se enfadan, alborotan, ponen el grito en los cielos, se enfurecen hasta el punto de tomar el carácter de la bestia del Apocalipsis, y por fin abren los brazos, la tempestad pasa como nube de verano, y el sol de la dicha brilla de nuevo sobre el hogar do-

méstico. (Llaman á la puerta. El Criado se dirige á abrir. Don Deogracias le hace señas para que se detenga, y le dice en voz baja:) Nadie ha de saber que yo he llegado, ¿lo entiendes? Tengo un plan, y confio en tu silencio. Toma. (Le da una moneda. El Criado se coge los labios con los dedos índice y pulgar, indicando que no hablará.) Corriente, yo voy á esconderme en tu cuarto. (Entra por la puerta de la izquierda. El Criado abre la del foro.)

ESCENA III.

El Criado, Anibal; éste tira la capa sobre una silla, coge un cigarro, se sienta en una butaca junto á la chimenea con todo el desembarazo de un amigo íntimo, y dice:

Anibal. ¿Y Rafael?

Criado. Aun no ha venido.

Anibal. ¿Está todo dispuesto?

Criado. Todo.

Anibal. ¿Vino el infame usurero?

Criado. Muy temprano; reconoció los muebles, y me dijo que le recordara al señorito que hoy cumplia el plazo.

Anibal. Sí, hoy es el dia en que debe ese cosaco madrileño recoger su botin. ¿Qué hora es?

Criado. Van á dar las once.

Anibal. Es extraño que Luis y Alejandro no se hallen aquí: porque los amigos, cuando se trata de un almuerzo, son por lo regular puntuales. A ver, añade un tronco á la chimenea: hace un frio horrible. El fuego dicen que es el amigo de los viejos; yo creo que tambien lo es de los jóvenes. (El Criado obedece. Llaman á la puerta del foro; poco despues entra Rafael más pálido que de costumbre, la barba á medio crecer, y el traje en desórden, como hombre que se ocupa poco de sí mismo.)

ESCENA IV.

DICHOS, RAFAEL.

RAFAEL. (Sentándose junto á Aníbal.) ¿Está á punto el almuerzo?

CRIADO. Sí, señor; como son fiambres, se halla todo colocado en la mesa.

RAFAEL. Pues bien, vete... nosotros nos serviremos; cuando vengan los amigos, hazles entrar. (Vase el Criado por el foro.)

ESCENA V.

ANIBAL, RAFAEL.

ANIBAL. (Despues de contemplar un momento á Rafael que permanece con la mirada en la llama de la chimenea, se levanta, coge una botella y dos copas, las coloca sobre el velador que tiene al lado, las llena y dice:) Bebe, es Medoc de primera fuerza. (Rafael bebe la copa de un solo trago. Aníbal saca un cigarro de la petaca.) Fuma, son los últimos imperiales de nuestro formidable ejército. (Rafael enciende el cigarro.) Levanta esa frente; el huracan, por terrible que sea, no debe nunca amedrentar al piloto. La desgracia es ménos tenaz cuando se recibe con una carcajada homérica. El que tiene frio y se levanta el cuello de la levita, no logra por eso entrar en calor, pero en cambio todo el mundo dice señalándole con el dedo: «Ese hombre está más frio que un sorbete;» pero nadie le regala su capa. Créeme, Rafael: el mal humor debe pasarse en un rincon donde nadie le vea; pero ante el público es preciso, es indispensable reir.

RAFAEL. Luisa, huyendo del escándalo, ha abandonado la corte.

ANIBAL. Tanto mejor; para nada la necesitamos en Madrid, porque yo supongo que la desprecias.

RAFAEL. ¡Oh, sí, con toda mi alma! Sólo un amor preocupa mi espíritu, llena mi corazon: el amor de mi madre.

ANIBAL. Ese amor es el más sólido, el más verdadero de todos los amores de la tierra.

RAFAEL. Pero tal vez no la vea nunca: mi padre me ha cerrado la puerta de su casa. (Va á coger una copa, y Aníbal le detiene.)

ANIBAL. El mucho vino ántes de la comida quita el apetito; y despues, cuando tú te emborrachas, te pones sombrío, melodramático; te sucede precisamente lo contrario que á mí; pero hablemos de otra cosa: ¿sabes que á tu rival le amputaron anoche el brazo?

RAFAEL. Qué me importa ese hombre.

ANIBAL. Sin embargo, manco y todo tengo la seguridad que se vengará. Arturo del Romeral es un enemigo terrible. Yo, cuando le ví caer, me alegré creyendo que tu bala le habia partido el corazon.

RAFAEL. ¡Bah! Me ocupo poco de lo que pueda hacer ese señor Baron. Si cuando se restablezca quiere que continuemos la partida, me tendrá á sus órdenes.

ANIBAL. Anoche fué á visitarle nuestro amigo Luis. Arturo procuró averiguar sí tú tenias intenciones de abandonar la corte: sin duda cree que aprovechándote de su enfermedad tratas de reunirte en Italia con Luisa. El ignora que tú desprecias á esa mujer, y es preciso que lo sepa, porque le creo capaz de cualquier infamia.

RAFAEL. El recuerdo de la Marquesa queda en mi memoria como uno de esos dias de borrasca en que ha corrido peligro nuestra vida. Anoche perdí el último duro; estoy abrumado de deudas; dentro de poco me arrojarán de esta casa, y mañana tal vez no tenga donde dormir.

ANIBAL. Alto... soy un modesto estudiante, sujeto á la tiránica pension de un padre; pero tengo un cuarto que será desde mañana nuestro nido.

RAFAEL. Gracias, Aníbal.

ANIBAL. Ademas, tu madre te recibirá con los brazos abiertos tan pronto como te vea llegar arrepentido á las puertas del hogar doméstico.

RAFAEL. ¿Olvidas la última carta de mi padre? ¿No recuerdas que me prohibia pisar los dinteles de su casa?

ANIBAL. ¿Pero y el célebre talisman que te dió tu madre cuando saliste del pueblo?

RAFAEL. Lo llevo siempre sobre mi pecho. Es para mí un secreto todavía.

ANIBAL. Trae, veamos...

RAFAEL. No, no... quiero seguir los consejos de mi madre. «Rafael, me dijo, cuando no te quede nada sobre la tierra, cuando te halles solo con tu dolor, recurre á este talisman, porque él contiene el último consuelo de los hijos infortunados; y si tienes fe y valor, la felicidad volverá á renacer en tu alma.»— Aun me queda tu amistad, Aníbal, aun no lo he perdido todo; no quiero, pues, recurrir al talisman de mi madre.

ANIBAL. Bien, como quieras; pero prométeme que al ménos durante el almuerzo desecharás esa melancolía que te consume.

RAFAEL. Haré un esfuerzo por complacerte. (Llaman á la puerta del foro.)

ANIBAL. Ahí están los convidados. (Entran por el foro Luis y Alejandro.)

ESCENA VI.

DICHOS, ALEJANDRO, LUIS.

ALEJAN. ¡Hosana! ¡Hosana! (Entrando.)

ANIBAL. ¡Aleluya! ¡Aleluya! Ilustres perezosos.

LUIS. Salud al anfitrion.

RAFAEL. A la mesa, señores. (Se sientan.)

ANIBAL. Sí, á la mesa, que tengo un hambre que bien podia tomarse por dos.

RAFAEL. Os prevengo que tendremos que servirnos nosotros mismos. Como veis, el almuerzo es fiambre.

ALEJAN. Pero regio.

LUIS. Eres hombre de gusto; para comer no se necesitan testigos importunos.

ALEJAN. Ni criados.

ANIBAL. Para comer, sólo se necesita comida.

RAFAEL. Y apetito.

ANIBAL. Eso se tiene siempre á nuestra edad.

RAFAEL. ¡Bebamos!

ANIBAL. Rechazo el despotismo; cada uno que haga lo que le diere la gana.

ALEJAN. ¡Hola! Veo Champaña. Lo celebro.

ANIBAL. ¡Estúpido! ¿Tú crees que se despide de la vida de rico una persona decente á palo seco y con vino Peleon?

ALEJAN. Confieso que he dicho una necedad, y en castigo voy á suministrarme una copa de Burdeos.

ANIBAL. Ahora se llama Medoc, en el caló de la gente de buen tono.

RAFAEL. Yo, en materia de vinos, estoy por los viejos.

ANIBAL. Yo por todos, siendo buenos; lo mismo me sucede con las mujeres. A propósito de mujeres: ¿no sabeis el gran descubrimiento que acaban de hacer los franceses?

RAFAEL. ¡No faltarán traductores que lo arreglen al teatro español!

LUIS. ¿Qué descubrimiento es ese?

ANIBAL. Que las mujeres rubias son las más apasionadas, y los hombres calvos los más tontos. Esto indudablemente producirá una revolucion en los peluqueros.

RAFAEL. Pido que Aníbal salude como es debido al bullicioso Champaña.

ANIBAL. Pues preparad las copas. (Sirve vino á todos.) ¡Oh Champaña! A tí te sirven en búcaros de cristal, porque eres el ramillete de las bodegas. Si tuvieras el don funesto de matar como la morfina y el arsénico, yo siempre estaria dispuesto á envenenarme. Tú eres el vino del amor y de la alegría; los heroes de Homero fueron unos pobretes, pues no tuvieron la inmensa felicidad de saborearte. Yo no sé cómo los traductores de la *Iliada* no han cambiado algunas letras, escribiendo Champaña en vez de... no recuerdo ahora el vino que bebieron Aquíles, Agamenon y Héctor; en cuanto al vino que trastornó la cabeza de Elena, se llamaba Páris. No lo he bebido nunca.

LUIS.
ALEJAN. } ¡Bravo! ¡Bravo!

RAFAEL. Eres un exagerado: el Jerez seco es el rey de los vinos.

ANIBAL. Rafael, creo que te falta el cuarto sentido corporal.

RAFAEL. Eso es un insulto que salta de una boca convertida en botella de Champaña.

ANIBAL. Dí lo que quieras; yo, como Aquiles, soy invulnerable. (Cogiendo una botella y estrechándola contra su corazon.) ¡Ven, amada mia, tú sólo comprendes la esquisita sensibilidad de mi alma! ¡Ven; como Salomon, te escribiré un cantar de cantares! ¡Ven, oh, tú, botella fragante, como la rosa de Saron y el lirio del valle! ¡Qué hermosa eres, amada mia! ¡Ven conmigo á las cumbres de Shenir y de Hermon! ¡Cuán bellos son tus amores! La fragancia de tus perfumes cura todos mis males. Tú eres mejor que el nardo, que el incienso, que el sinamomo, que la mirra y el óleo. Tú... tú... tú... tú... (Bebe con la misma botella imitando el toque de la trompeta.)

ALEJAN. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LUIS. ¡Que calle el orador!

RAFAEL. Chico, cuando estás borracho, tienes talento.

ANIBAL. Señores, estoy fuera de la ley: soy menor de edad, ó borracho, que es lo mismo para el Código; por consiguiente puedo decirlo todo, hacerlo todo, tocarlo todo, hasta el himno de Riego.

LUIS. Chico, se te enreda la lengua.

ALEJAN. Que hable en verso.

RAFAEL. Los versos están en decadencia en España. «Esto matará aquello,» ha dicho Víctor Hugo. Los números matarán la poesía.

ANIBAL. ¿Quién será el cachetero?

RAFAEL. Tú.

ANIBAL. No, vosotros, imbéciles.

ALEJAN. ¿Hablas en verso, ó me bebo tu vino?

ANIBAL. Te gané por la mano. (Bebiéndose el vino.)

RAFAEL. Eres un plagiario.

ANIBAL. Los pensamientos de vino pueden robarse sin escrúpulo.

LUIS. Rafael tiene sueño.

ALEJAN. Se prohibe el sueño.

ANIBAL. Y las malas caras.

RAFAEL. Y los borrachos.

ANIBAL. Pues entónces suprimámonos todos.

RAFAEL. Yo estoy sereno.

ANIBAL. ¿A que no me sacas una cuenta por partida doble?

LUIS. Este no ha sabido partir nunca; siempre lo ha dado todo.

RAFAEL. Pero sí las *Partidas* de don Alonso el Sabio.

ALEJAN. Yo las partidas serranas.

ANIBAL. Yo las partidas de billar.

LUIS. Señores, se me ocurre una cosa. Festin sin Vénus á entierro me huele, como dice el refran.

RAFAEL. Eso no es refran.

LUIS. Pero puede serlo.

ANIBAL. Tiene razon Luis: que venga Vénus, la necesitamos, nos conviene. ¡Vénus ó la muerte! Como hubiera dicho un ciudadano del tiempo del terror.

LUIS.
RAFAEL. } ¡Vénus ó la muerte!
ALEJAN.

(En este momento se abre la puerta del foro y aparece D. Deogracias. Asombro general que termina en una carcajada, exceptuando Rafael que se apoya en la mesa para no caerse.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. DEOGRACIAS.

ANIBAL. Pedíais á Vénus, y se os aparece la sombra del rey de Dinamarca vestido de levita. Una copa para la antorcha de Aragon, para el Séneca del Ebro.

RAFAEL. Querido preceptor... (Sin moverse del sitio. D. Deogracias avanza unos cuantos pasos hasta colocarse en medio de los jóvenes. Su aspecto grave y bondadoso impone por un momento respetuoso silencio.)

DEOG. Mi presencia tal vez será una molestia para ustedes: porque un viejo representa la muerte, la falta de vida, de calor, de animacion, y la juventud no gusta de mirar lo pasado, ni ocuparse de lo pervenir.

Su vida es el presente, ¿no es verdad, señores? El placer lo absorbe todo; los deberes se olvidan con los goces; la orgía apaga el grito de la razon. Son ustedes jóvenes, hacen bien en divertirse. ¿Qué importan las lágrimas del prójimo cuando se tiene un pañuelo para enjugarlas? Nada.

ANIBAL. Querido preceptor, usted ha producido el efecto de un entreacto largo en una comedia de interes. Nos ha enfriado. (Despues de abarcar con una mirada el aspecto taciturno de sus amigos, coge una copa y dice:) Brindo por la moralidad, por la gravedad y por la longanimidad del leviton del dómine. (Rodolfo y Alejandro cogen las copas: Rafael vacila; pero D. Deogracias, acercándose á la mesa llena dos vasos y presenta uno á su discípulo.)

DEOG. (Con el vaso en la mano.) Sí, sí, señores; es preciso brindar, es preciso reir, es preciso aprovecharse de los pocos momentos de luz que alumbran las tinieblas de la vida. (Colocándose en medio de los jóvenes y chocando el cristal de los vasos.) Brindo por la tranquilidad de la familia, por la alegría del hogar doméstico, por la honradez de los hijos pródigos que se arrepienten; brindo, en fin, por la paz de las madres que lloran eternamente la ingratitud de aquellos que alimentaron con el jugo de sus pechos. (D. Deogracias apura la copa de un solo trago. Aníbal, Luis y Alejandro no beben. Rafael se apoya en una butaca derramando el vino.)

ANIBAL. ¿A que nos hace llorar á todos este señor?

DEOG. ¡Llorar! ¿Conocen ustedes por ventura la sublime virtud de las lágrimas? ¡Ah! Veo que no se han atrevido ustedes á brindar por las madres, por esa clase respetable de la sociedad, por esas pobres mártires del hogar, fuentes inagotables de ternura que aman sin otra recompensa que el dolor que produce la ingratitud... ¿Son ustedes expósitos, señores? ¿Por qué no brindan por las madres? Rafael, brinda por la tuya. (Rafael coge la copa y bebe.) Y ustedes, caballeros, ya que tantas veces habrán brindado por el vicio, brinden al ménos una sola por la virtud. (Todos cogen las copas, á cuyo tiempo aparece en la puerta del foro un caballero.)

ESCENA VIII.

DICHOS, un INSPECTOR.

INSP. ¿Don Rafael Mendoza?

RAFAEL. Yo soy, caballero.

INSP. El señor baron de la Palma acusa á usted como autor de la herida que le tiene postrado en el lecho. (Aníbal, Rafael y sus dos amigos se miran con asombro, luchando por un momento con los vapores del vino, que les preocupa; don Deogracias, como no explicándose lo que acaba de oir, parece preguntar con una mirada á Rafael. Este guarda silencio, y el dómine, acercándose al Inspector, le dice con interes:)

DEOG. ¿Qué es lo que usted dice, caballero?

INSP. Que el señor Baron está gravemente herido, y vengo á llevarme á ese jóven. La justicia le reclama.

DEOG. ¡Preso!

RAFAEL. ¡A mí! ¡Ah, madre mia! (Como si en este momento recordara el talisman de su madre; se aparta unos cuantos pasos del grupo, saca el relicario, lo abre, encuentra un papel que lee para sí con agitacion.)

DEOG. (Apoyándose en una butaca y cubriéndose la cara con las manos.) ¡Oh qué vergüenza! ¡Preso... que su madre no lo sepa nunca!

ANIBAL. (Que figura haber luchado para sacudirse la pesadez que produce el vino, exclama:) No, eso no es verdad: el Baron miente; no ha sido un asesinato: ha sido un duelo á toda ley; yo fuí testigo, y los señores tambien.

INSP. Cuidado con lo que ustedes dicen. El Código tiene marcados sus años de presidio para los padrinos de un desafío. (Aníbal, Alejandro y Rodolfo permanecen anonadados al escuchar las palabras del Inspector. El estado en que se encuentran les obliga á dejarse caer en un sofá, etc., etc.)

RAFAEL. ¡Solo!... (Guardando el relicario en su pecho.) ¡Abandonado!... ¡Madre mia, yo te juro que tu precioso talisman será mi salvacion, pues él ha infundido en mi alma la fe que comenzaba á abandonarme. (Dirigiéndose al Inspector.) Vamos. (Vanse por el foro.)

DEOG. ¡Preso! ¡El en una cárcel! ¡Mi pobre discípulo entre criminales, entre bandidos, entre asesinos!... Si su madre lo supiera se moriria de dolor... Pero yo no debo abandonarle. ¡Rafael! ¡Rafael! Espera, yo quiero compartir contigo todos los rigores que el infortunio te depara. Si la ley castiga tu culpa con una cadena, yo seré tu compañero de presidio. (Desaparece precipitadamente por el foro.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche. Algunos troncos arden en el hogar.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon D. DEOGRACIAS aparece sentado junto al hogar calentándose. Por el foro pasan algunos Aldeanos de ámbos sexos con guitarras, zambombas y panderetas. Mucha algazara: la que se acostumbra la noche del 24 de Diciembre.

DEOG. El mundo no es otra cosa que una inmensa jaula de locos más ó ménos pacíficos... En la calle la alegría, es decir, la luz... en ésta casa el dolor, es decir, las tinieblas... La vida es un gemido de agonía coreado de vez en cuando con una carcajada de placer... ¡Pobre humanidad! (Un grupo de Chiquillos con tambores y zambombas cruza por el foro: se asoman, y viendo á D. Deogracias se detienen y figuran hablar en voz baja; por fin uno se decide, avanzan algunos pasos y dicen:)

CHICOS. ¡Señor maestro! ¡Señor maestro!

DEOG. Bien aventurados los sordos... ¿Qué diablos quereis?

CHICO. ¿Quiere su mercé venir con nosotros á ver el nacimiento que ha puesto en el establo el hijo del tio Sudamiel?

DEOG. Gracias, queridos discípulos, por el ofrecimiento... pero no puedo complaceros.

CHICO. Vaya, pues otra vez será. (Los Chicos vuelven á hablar en voz baja.) A la una, á las dos, á las tres. (Rompen á tocar los tambores y las zambombas. D. Deogracias se tapa los oidos y se rie. Los chicos cantan el siguiente villancico:)

CORO DE NIÑOS.

—

Bendita María,
bendito José,
y bendito el Niño
que nació en Belen.

PRIMERA ESTROFA.

Esta es la bendita noche
en que el universo vió
entre harapos á una Reina
y entre humilde paja un Dios.
Bendita María, etc.

SEGUNDA ESTROFA.

Gloria á la Vírgen sin mancha,
gloria á su bendito Niño,
y á los hombres santa paz
por los siglos de los siglos.
Bendita María, etc.

(Terminada la copla, desaparecen del foro tocando y gritando.)

DEOG. No cantan del todo mal los rapazuelos... ¡Ah! Y cuánta verdad tiene aquella frase que dijo el autor del *Genio del Cristianismo:* «La infancia es feliz, porque todo lo ignora; y la vejez desgraciada, porque todo lo sabe».

ESCENA II.

DEOGRACIAS, ANIBAL por el foro.

ANIBAL. Buenas noches, querido preceptor.

DEOG. (Se levanta y conduce á Aníbal á un extremo del teatro.) Vamos á ver. ¿Has tenido carta?

ANIBAL. Y buenas noticias. Rafael saldrá muy en breve del Saladero. El Baron, ya restablecido, creo que piensa marcharse á Italia á reunirse con la Marquesa.

DEOG. Permita Dios que no vuelvan nunca por este pueblo...

ANIBAL. Pero vamos á otra cosa. ¿Cuándo sale usted para Madrid?

DEOG. Mañana en cuanto amanezca: aprovecharé estos dias de vacaciones para ver á Rafael. ¡Oh! ¡Si pudiera traérmele! ¡Qué alegría tan inmensa para su pobre madre!

ANIBAL. Por supuesto que doña María ignora...

DEOG. Está claro: se moriria de pena si supiera que su hijo se halla en la cárcel.

ANIBAL. ¡Pobre Rafael! Ha sido bien desgraciado... ¡Oh! Cuando pienso que yo he contribuido...

DEOG. Dichoso el que se arrepiente, Aníbal. Feliz el que retrocede á tiempo en el camino de la perdicion.

ANIBAL. ¿No me guarda usted rencor?

DEOG. Tú has sido un leal amigo de Rafael en su desgracia, y eso lo borra todo.

ANIBAL. ¿Cree usted que don Pedro perdonará á su hijo?

DEOG. Los padres siempre perdonan.

ANIBAL. Así sea. Mañana partiremos juntos. Yo he terminado mis negocios en este pueblo, de donde saldré para no volver jamas.

DEOG. Pues bien, disponlo todo, y espérame á las cinco de la mañana junto á la Cruz; no quiero que te vea don Pedro.

ANIBAL. Sí, tiene usted razon. Yo tambien quiero evitar su presencia.

DEOG. (Acompañando á Aníbal hasta la puerta.) Adios, hijo mio, hasta mañana (Vase Aníbal.)

ESCENA III.

D. DEOGRACIAS, solo.

El aturdido Aníbal es de los pocos jóvenes que escarmientan en cabeza agena. Desde la memorable noche en que Rafael cayó en poder de la justicia, tengo remordimientos de haberle juzgado mal. Yo le creia un malvado cuando sólo era un aturdido.

ESCENA IV.

D. Deogracias; doña Maria, con un papel en la mano; Romualdo, con una maleta.

Maria. ¿Está usted solo?

Deog. Sí, señora. ¿Qué ocurre?

María. Pues entónces, miéntras yo termino la carta, puede usted meter la ropa blanca en la maleta.

Deog. Bien... bien, escriba usted con toda tranquilidad; y tú, Romualdo, desde la puerta puedes estar de acecho viendo si don Pedro sale de la botica, y en cuanto asome das la voz de alarma, para que podamos recoger los bártulos. (Romualdo se coloca en la puerta del foro mirando hácia la calle. Doña María se sienta junto á una mesa, y escribe. D. Deogracias arregla la maleta sacando alguna ropa de los cajones de la cómoda.)

Maria. ¿Cree usted que conseguiremos traerle á casa?... (Sigue escribiendo.)

Deog. Señora, yo en esta ocasion digo como el divino Julio César, poco ántes de la batalla de Farsalia: «El imperio ó la tumba;» es decir, ó me traigo al chico, ó me quedo con él; yo no le abandono.

Maria. ¡Qué bueno es usted para con nosotros!

Deog. ¡Cá! No, señora... Ustedes se han empeñado en decir que yo soy bueno, y no hay tal cosa. Mi amor propio, es decir, ese enemigo inconveniente y calumniador del individuo, está interesado en que esa oveja descarriada regrese á su redil, y ahí está todo. Por eso lo que ustedes creen bondad, no es otra cosa que vanidad.

Maria. Será lo que usted quiera, con tal de que mañana parta usted...

Deog. En cuanto amanezca.

Maria. ¡Un año sin verle! ¡Me parece increible! ¡Debe estar tan desmejorado!...

Deog. El chico no está muy gordo que digamos... y luégo, como se ha dejado toda la barba...

Maria. ¡Toda la barba! ¡Eso no le sentará bien!

DEOG. En Madrid es una moda que tiene muchos afiliados. Todos los perezosos, con perdon de los que la usan.

MARIA. ¿Vivirá en una casa decente?

DEOG. ¡Decente! ¡Vaya si es decente! (¡Como que tiene guardia á la puerta!)

MARIA. ¿Tendrá amigos? ¿Se tratará con personas distinguidas?

DEOG. ¡Si tiene!... ¡Tú, tú, tú, tú! Ya lo creo... (¡Pobre madre! ¡Si supiera entre qué gente se halla su hijo!...)

MARIA. ¡Ingrato!... Miéntras él está disfrutando de la vida alegre y bulliciosa de la corte...

DEOG. No... No se divierte mucho... Sale poco de casa...

MARIA. ¿Está enfermo tal vez?...

DEOG. No, pero tiene unos vecinos tan amables... tan cariñosos, que se pasa los dias sin salir... pero ahora, cuando yo vaya y pague por él algunos piqüillos....

MARIA. ¡Dios mio! ¡Qué vergüenza! ¡Deber!...

DEOG. Aquí en Aragon, efectivamente, el que no paga es mirado con malos ojos. Pero en Madrid, es lo más natural del mundo... el que debe demuestra que tiene crédito, y el crédito es la mejor garantía del individuo.

MARIA. ¡Ah! No olvide usted que si necesita más dinero...

DEOG. Ya escribiré en ese caso.

MARIA. ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántas noches de insomnio nos hubiera ahorrado si!...

DEOG. A lo hecho, pecho... Las lecciones que da el mundo suelen costar caras, pero son provechosas. La experiencia es un gran libro, y en sus páginas suele alguna vez encontrarse el secreto para pasarlo ménos mal en la vejez.

MARIA. ¡Usted es mi esperanza!

DEOG. Usted me honra mucho; pero terminemos: el toque de ánimas no puede tardar, y á esa hora los tertulianos abandonan la botica.

MARIA. ¡Sí, ya he terminado!

DEOG. Pues venga, y á la maleta con ella.

MARIA. Antes desearia que usted la oyera. Tal vez no he dicho lo bastante para convencerle, y usted que es un sabio...

DEOG. Usted me distingue demasiado...

MARIA. Le recuerdo un episodio de su infancia.

DEOG. Oigamos el episodio. (María lee en voz baja, pero con sentida entonacion, lo que sigue:)

MARIA. (Lee.) «Rafael, hijo mio, ¿te acuerdas de una tarde de verano en que paseábamos juntos por la pradera de los Alamos? Tú tenias diez años; te hallabas fatigado, é indicaste que querias sentarte junto á una fuente; yo accedí, porque complacerte ha sido el afan incesante de mi vida. Sobre nuestras cabezas extendia sus apiñadas ramas un árbol frondoso; entre sus hojas arrullaba melancólicamente una tórtola. ¿Por qué canta esa avecilla con tan lastimero tono? Me preguntaste. Yo alcé los ojos y ví un nido abandonado. El ave cantora lloraba la ausencia de sus ingratos hijos que, ansiando probar la fuerza de sus débiles alas, habian abandonado el nido maternal para admirar los cambiantes colores del espacio y los refulgentes rayos del sol. Todas las tardes íbamos á sentarnos al pié del árbol, como atraidos por el lastimero arrullo de la tórtola. Luégo vino el otoño; cayeron las hojas de los árboles; el viento frio del invierno entumeció los delicados miembros de la madre cantora, y un dia, abandonando aquella tienda de flotantes ramas en donde habia arrullado al amor y la ingratitud, se dispuso para emprender un viaje muy largo: remontó su vuelo, encaminóse á la costa, cruzó los mares, y fué á posarse, fatigada, en los desiertos bosques de Africa... pero siempre llorando por sus hijos... ¡Rafael! ¡Rafael!... En tu hogar doméstico se halla vacío el nido que tú ocupabas; yo lloro sin cesar como la triste avecilla de la pradera. ¡Vuelve, hijo mio, vuelve á mis brazos! Tu pobre madre no quiere emprender el camino de la eternidad, sin que el calor de tus besos cierren sus párpados yertos por el frio de la muerte. Tú eres desgraciado; una mujer ha despedazado tu inocente corazon. Hora es ya de que recurras á mi talisman, que recuerdes mis palabras, y que te acojas al último consuelo de los hijos infortunados. Tu padre te ama, te espera y sufre, y

tu madre no puede hallar la felicidad sin verte á su lado.»

DEOG. (Enjugándose las lágrimas y de mal humor.) ¡Vaya una ocurrencia! ¡Leerme esa cartita á estas horas para que no pueda dormir en toda la noche!

MARIA. ¿Cree usted que Rafael vendrá cuando la lea?

DEOG. ¡Está claro que vendrá! ¡No faltaba más! ¡Vendrá, sí, señora! Se le ha ocurrido á usted poner un recuerdo de la infancia, y la tortolilla... y... en fin, hasta yo, que soy un solteron egoista, que vivo solo como el hongo, que por nada me intereso, que todo me es indiferente... que tengo el corazon duro como el yunque de un herrero, casi, casi me he enternecido. (Se enjuga las lágrimas.)

MARIA. Mi carta convencerá á mi hijo. Veo las lágrimas en los ojos de usted, y....

DEOG. Yo... llorar... ¡Cá! No, señora, yo no he llorado nunca; eso seria una debilidad ridícula... Pues no faltaba más sino que me hiciera llorar una mujer, cuando he empleado cuarenta años de mi vida en hablar mal de ellas.

MARIA. Y sin embargo, una mujer le llevó en su seno, le alimentó con el jugo de sus pechos, y le abrigó con el calor de sus brazos durante las noches de invierno: esa mujer era su madre. La historia del mundo podrá consignar como un baldon las infamias de algunas mujeres degradadas; pero el hombre de inteligencia y de corazon que escriba la historia de las madres, hará un bien á la humanidad derrotando á esos rebuscadores de crímenes que se ceban en el sexo débil. Créame usted, don Deogracias: el libro que usted ha escrito es indigno de un hombre tan bueno, tan honrado, tan condescendiente y tan sabio como usted. (D. Deogracias se queda pensativo.)

ROM. (Entrando precipitadamente.) Señora, don Pedro sale de la botica.

MARIA. (A D. Deogracias.) Tome usted la carta. Tú, Romualdo, esconde esa maleta en el cuarto de Rafael. (Romualdo coge la maleta y desaparece por una de las puertas laterales. Doña María se sienta junto al hogar, y coge un libro y se

pone á leer. D. Deogracias se sienta junto á una mesa, saca su manuscrito del bolsillo, y se pone á corregir.)

DEOG. (Como meditando.) Las madres son la gran clase de la sociedad. ¿Habré perdido el tiempo lastimosamente?

ESCENA V.

DICHOS, D. PEDRO por el foro.

PEDRO. Buenas noches, María; don Deogracias, buenas noches.

DEOG. Santas y buenas, señor don Pedro.

MARIA. (Sale al encuentro de su marido, le quita la capa y le coloca el sillon.) ¿Qué tienes, Pedro?

PEDRO. ¿Lo sé yo por ventura? Cuando vienen estas largas veladas de Diciembre; cuando la nieve cae silenciosa sobre la alta cumbre de los cercanos montes... me pongo triste... no me hallo bien... me falta algo.

MARIA. Nos falta Rafael, ¿no es verdad, Pedro?

PEDRO. María, los hijos son ingratos.

MARIA. Dí más bien que aturdidos. La poca experiencia les hace cometer faltas involuntarias.

DEOG. (Es claro: doña María tiene razon, mi libro es parcial. Si saco á plaza las infamias de Atalia, Aspasia y Thamar, ¿por qué me dejo en el tintero las bellezas morales de Débora, Lucrecia y Ester? (Sigue preocupado. Se oye el toque de ánimas bastante lejano. Todos se ponen en pié y se descubren. Romualdo, que sale por una de las puertas laterales, se queda parado y se descubre tambien.)

MARIA. ¡Las ánimas! Recemos la oracion de los muertos. (Pausa.) Sin olvidar á los vivos. (Por mi hijo.)

DEOG. (Por mi discípulo.)

PEDRO. (Por Rafael.) (Pausa.) Romualdo, avisa á la gente. María, convoca á los pobres. (Doña María toca la campana de la puerta del foro. Romualdo sale con cuatro ó seis Labradores por una de las puertas laterales.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, MARIA, D. DEOGRACIAS, ROMUALDO y Jornaleros; poco despues RAFAEL.

PEDRO. Buenas noches. (A los Trabajadores.) Don Deogracias, María, los muchachos esperan. (Todos se sientan al rededor de la mesa. D. Pedro ocupa el sitio de preferencia; doña María á su derecha; á la izquierda quedan dos sitios desocupados que son los de los pobres, y al extremo de la mesa otro.)

PEDRO. ¿Por qué está vacío el sitio de Leandro el Pastor?...

ROM. Porque esta noche se queda en la paridera; el frio ha atraido algunos lobos á nuestra comarca, y quiere cuidar del ganado.

PEDRO. María, mañana dispondrás que se de á Leandro un capote burdo y dos pieles de oveja.

ROM. (¡Qué buen amo!... Se acuerda hasta del último de sus criados.) (Una Criada coloca sobre la mesa un caldero, y se queda algo apartada.)

PEDRO. Don Deogracias, bendiga usted la vianda, y cenemos en gracia de Dios.

DEOG. (Levantándose y extendiendo el brazo.) En el nombre del Padre... (En este momento aparece Rafael en la puerta del foro, cubierto de polvo, la barba crecida y el traje ajado. Debe vestir de gaban, aunque bastante usado. Lleva el sombrero en la mano.)

RAFAEL. La paz de Dios sea en esta santa casa. (Desde el foro. La voz de Rafael es reconocida al momento por la madre, la cual va á lanzar un grito que detiene la mirada enérgica de su esposo. D. Deogracias, sorprendido, con la mano extendida sobre la mesa, se vuelve para mirar al foro; pero D. Pedro le indica que no se mueva, y se deja caer en la silla sin saber lo que le pasa.)

MARIA. ¡Ah!

PEDRO. (En voz baja.) ¡Silencio, María, silencio!

DEOG. (¡Es él!) (Cae sobre su asiento.)

PEDRO. (Despues de reponerse, con voz tranquila.) ¿Qué se ofrece, buen hombre?

RAFAEL. (Desde el foro.) Soy un pobre caminante que va en

busca del último consuelo de su vida. Me hallaba fatigado, y me senté para reponer mis fuerzas al pié de la cruz de piedra que se encuentra á la entrada del pueblo. A mis oidos llegaban empujados por el viento frio de la noche las vibraciones de una campana, cuando una mujer que por allí pasaba, viéndome solo con mi dolor, me dijo señalándome con su mano esta puerta: —Aquella es la casa de la caridad: esa campana que has oido te anuncia que sus honrados dueños te ofrecen un sitio en su mesa y un lecho en su hogar hospitalario. —Si me han engañado, volveré á emprender mi camino sin desplegar los labios. Si es verdad lo que me dijeron, yo besaré la mano caritativa que remedia las necesidades de este infortunado.

MARIA. ¡Pedro! ¡Pedro! (En voz baja.)

PEDRO. ¡Silencio he dicho! (Id.)

DEOG. (Yo voy á estallar.)

PEDRO. Te han dicho la verdad. Este es tu sitio (Indícale el que está á su lado. Rafael cruza el teatro pausadamente, mirando á su madre: en este momento de pausa se oye otra vez la algazara de las guitarras, pero bastante léjos.)

RAFAEL. ¡Ah! Este sitio es demasiado honroso para mí: aquel es el que me corresponde. (Se sienta en el último sitio de la mesa. Pausa. Se pierde á lo léjos el ruido de las guitarras.)

PEDRO. ¿Tienes familia? Hermano.

RAFAEL. ¡Oh! Sí. Tengo padres, y mi único deseo es alcanzar su perdon, porque les he ofendido mucho; y para lograrlo, espero recordarle á la que me llevó en sus entrañas, que cuando me creia abandonado de Dios y de los hombres, recurrí á su precioso talisman, y la esperanza volvió á renacer en mi corazon.

PEDRO. ¿Un talisman? (Mirando á María.)

RAFAEL. Sí; mi madre me dijo al depositar el beso de despedida sobre mi frente:—Hijo, cuando nada te quede, cuando te halles solo con tu dolor, abre este escapulario que cuelgo ahora de tu cuello; y si tienes fe, la felicidad volverá á renacer en tu corazon: porque este talisman encierra las palabras de Dios empapadas con las lágrimas de una madre.

PEDRO. ¿Y esas palabras?...

RAFAEL. (Levantándose.) Dicen así: (Saca el relicario, y de éste una hoja de papel impreso, y lee.)—«Un padre tuvo dos hijos. »El menor de ellos pidió la parte de la hacienda »que le correspondia, y el padre se la dió; y se fué »léjos, á una ciudad opulenta; y allí malgastó toda »su fortuna viviendo disolutamente, y tuvo hambre, »y frio, y se vió abandonado de Dios y de los hom»bres; y su miseria fué tanta que se apartaron de su »lado, como si fuera un leproso, los mismos que le »adulaban en tiempo de su prosperidad. Mas un dia »Dios le tocó en el corazon y se dijo: ¡Cuántos jor»naleros, en la casa de mi padre, tienen el pan de »sobra, y yo estoy muriendo de hambre! Me levan»taré é iré á mi padre y le diré: Padre, yo pequé »contra el cielo y delante de tí, yo no soy digno de »llamarme tu hijo. Hazme el último de tus jorna»leros.»

PEDRO. (Levantándose conmovido.) «Mas el padre, al ver la man»sedumbre de su hijo, mandó á sus criados que tra»jeran la ropa más preciosa, que le pusieran anillo »en el dedo y calzado en los piés, y preparar un ban»quete para celebrar la venida del hijo que él con»taba muerto y habia resucitado, que él creíale per»dido y tornaba á encontrar» (1).

RAFAEL. (Cayendo de rodillas.) ¡Ah!

MARIA ¡Hijo del alma!...

PEDRO. (Cogiendo á su hijo de una mano y colocándole en el sitio de preferencia.) Rafael, Dios enaltece al humilde: este es tu sitio.

RAFAEL. ¡Padre mio, perdon!

PEDRO. ¡Dios es justo! ¡Dios es bueno!

MARIA. ¡Bendito sea Dios! (Cae Rafael á la derecha de su padre, le coge la mano y se la besa. María se arroja en los brazos de su esposo. D. Deogracias se levanta de la mesa enjugándose las lágrimas, saca el manuscrito del bolsillo del pecho, y dice arrojándole en el fuego del hogar:)

(1) Parábola del hijo pródigo, segun el Evangelio.

DEOG. Este libro siempre seria el despecho de un solteron egoista. La historia de las madres, he ahí la gran obra que es preciso escribir.

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 2 de Enero de 1865.

El Censor de teatros,

NARCISO SERRA.

OBRAS DRAMATICAS

DEL MISMO AUTOR.

Sueños de amor y ambicion.
La Córte del Rey Poeta.
Juan el Tullido (2.ª edicion).
El Angel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La Hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El Cura de aldea (5.ª edicion).
La mala semilla.
El Rey de bastos (2.ª edicion.)
El movimiento contínuo (2.ª edicion).
Caricaturas.
Gil Blas (zarzuela).
Lo tuyo mio.
El corazon en la mano.
Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico, 2.ª edicion).
El maestro de baile (2.ª edicion).
La mosquita muerta (4.ª edicion).
Géneros ultramarinos.
El que siembra recoge (zarzuela, 2.ª edicion).
Recuerdos de gloria (juguete lírico).

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

El Mártir del Gólgota (tradiciones).	5	tomos.
El Cura de aldea (novela, 2.ª edicion).	2	»
La Caridad cristiana (Id., 2.ª edicion).	2	»
El Corazon en la mano (Id., 2 ª edicion). . . .	2	»
La Mujer adúltera (Id.)	2	»
El frac azul (Id.).	1	»
Las Obras de Misericordia (Id.).	2	»
La Calumnia (Id.).	2	»

3 0112 115865179